

Kaye, Harvey (1989), *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Prensas Universitarias, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.

## 1. INTRODUCCION

*“Cuanta más sociológica se haga la historia y más histórica se haga la sociología tanto mejor para las dos”*

*E. H. Carr, what is History?*<sup>1</sup>

Desde hace unos cuantos años la historia y la sociología se han visto envueltas en una relación simbiótica, puesta en manifiesto por el crecimiento y desarrollo de la historia *social* y la sociología *histórica*. Ello representa un cambio bastante radical en la práctica de cada una de estas disciplinas y, especialmente, en las relaciones entre ellas. Como evidencia podríamos considerar el incremento de revistas en esta área. En un principio la única que existía en inglés era *Past & Present*, fundada en 1952 por cuatro de los historiadores estudiados en este libro, y *Comparative Studies in Society and History*, aparecida unos años después. Ahora tenemos, además de estas dos revistas pioneras, *Journal of Social History, Review, Journal of Inter-disciplinary History, Social History*, y *Social Science History* por citar, de entre las nuevas revistas, las histórico-sociológicas de carácter mas internacional. Incluso una ojeada a las revistas tanto de historia como de sociología vendrá a demostrar un renovado interés por las cuestiones históricas informadas por la sociología y por los asuntos sociales con perspectiva histórica. También esta nueva relación ha dado lugar a la aparición de varios libros como son, *Sociology and History* de Peter Burke, *As Sociology Meets History* de Charles Tilly y *Historical Sociology* de Philip Abrams<sup>2</sup>. Incluso aunque muchos historiadores rechazaran la idea arriba citada de E. H. Carr, y aunque otros muchos sociólogos disintieran de la declaración de D. Wright Mill en *The Sociological Imagination* “de que toda sociología que se precie de tal ha de ser sociología histórica”<sup>3</sup>, sin embargo, las afirmaciones de Carr y Mills que en 1960 fueran consideradas radicales (por no decir absurdas) son vistas ahora como muy ciertas (al menos en algunos artículos).

Pero todavía perdura un problema importante en la relación que se ha establecido entre las (supuestamente independientes) disciplinas de la historia y la sociología, debido, en buena parte, sin duda, a los puntos de vista historiadores y sociólogos siguen manteniendo en relación con la materia propia y la ajena. Como observa Gareth Stedman Jones<sup>4</sup>, tanto por parte de los historiadores como de los sociólogos, hay una fuerte tendencia a considerar la sociología como fuente de métodos y teorías, y la historia como fuentes de datos, estudios de casos, o ilustraciones del pasado (en oposición al presente) sobre los que la teoría sociológica ha de ser verificada. Se acepte (como yo mismo hago) o no la propuesta hecha por Philip Abrams y Anthony Giddens según la cual la historia y la sociología, adecuadamente concebidas, no son dos materias independientes sino una sola<sup>5</sup>, la relación entre ellas es demasiado limitada y, también, de interpretación estricta. En primer lugar, para ser claro, la teoría sociológica es de desigual calidad. Segundo, y este punto ya se ha debatido con anterioridad, la historia ha sido una disciplina tan teórica como la sociología, a

---

<sup>1</sup> La referencia exacta de los libros y artículos de revista incluidos en esta obra, que están editados en castellano, puede encontrarse en la bibliografía que aparece al final de estas páginas. (Nota del editor).

E. H. Carr, *What is History?*, Harmondsworth, Penguin, 1964, p. 84. originalmente 1961.

<sup>2</sup> P. Burke, *Sociology and History*, Londres, George Allen and Unwin, 1980. C. Tilly, *As Sociology Meets History*, Nueva York, Academia Press, 1987 y P. Abrams, *Historical Sociology*, Somerset, Open Books, 1982.

<sup>3</sup> C. Wright Mills, *The Sociological Imagination*. Oxford, Oxford University Press, 1959, p. 146.

<sup>4</sup> G. Stedman Jones, “From Historical Sociology to Theoretic History”, *British Journal of Sociology*, 27 (Septiembre, 1976), pp. 295-305.

<sup>5</sup> P. Abrams, *Historical Sociology*, y A. Giddens, *Central Problems in Social Theory*. Londres, Macmillan, 1979.

pesar de los continuos desmentidos. Así pues, los historiadores pueden ofrecer a la teoría social tanto como los sociólogos.

La falta de rigor de las aportaciones que los historiadores hayan podido hacer a la teoría social no ha sido característica solamente de los especialistas no marxistas. Esto es, hasta hace pocos años<sup>6</sup>, los estudios marxistas del pensamiento social no han sabido reconocer el trabajo teórico de los historiadores (incluso de los marxistas), a pesar de la importancia capital de la historia en el pensamiento y en la obra del propio Marx. Así pues, en trabajos por lo demás exhaustivos y estimulantes como *Considerations on Western Marxism* de Perry Anderson<sup>7</sup>, no se incluye ningún criterio de historiografía marxista como apoyo teórico necesario (Debe señalarse, sin embargo, que Anderson reconoce que la historiografía marxista tiene que ser reconsiderada precisamente en estos aspectos)<sup>8</sup>. En mi libro he partido del supuesto de que los historiadores tienen tanto que contribuir a la teoría social como los sociólogos (y, añadiría, los filósofos). Pero, claro está, de la misma manera que no todas las teorías de los sociólogos son igualmente válidas tampoco lo son todas las de los historiadores.

Proyectado en parte como una contribución al continuo y progresivo desarrollo de la simbiosis entre la historia y la sociología, este estudio presenta una introducción y una revisión, así como un examen de los historiadores marxistas británicos. Con “historiadores marxistas británicos”, me refiero específicamente a Maurice Dobb, un economista que hizo importantes aportaciones a la historia económica; Rodney Hilton cuyas contribuciones se han dirigido en particular al campo de la historia medieval y estudio del campesinado; Christopher Hill, cuya obra ha remodelado nuestra idea de la Revolución Inglesa del siglo XVII; Eric Hobsbawm, que ha trabajado en diversos campos de la historia, pero de forma más destacada en los estudios de la clase obrera, el campesinado y la historia mundial; y E. P. Thompson, que tanto ha contribuido a la historia social del siglo dieciocho y principios del diecinueve. Como se verá, no se menosprecian las extraordinarias aportaciones particulares que estos historiadores han hecho en sus respectivos campos de estudio, y la contribución que de forma colectiva han hecho al estudio de la historia social. Pero es mi argumento ulterior que, además de sus contribuciones individuales y colectiva a la historiografía, los historiadores marxistas británicos representan en su conjunto- en el sentido más estricto- una tradición teórica. (Debo aclarar que esta tradición no se ha limitado a los cinco historiadores aquí estudiados, si bien éstos son los especialistas mas destacados y constituyen el núcleo).

Mi argumento se basa, en principio, en el hecho de que los historiadores marxistas británicos han sido partícipes de una problemática teórica común. Haciendo uso de unas palabras del historiador americano Eugene Genovese, él mismo influido fuertemente por el trabajo de éstos, ellos han intentado “trascender la estricta noción económica de clase y llegar a solucionar el problema de la base-superestructura que ha dominado al marxismo desde sus comienzos”<sup>9</sup>. Esto es, el marxismo se ha relacionado desde hace tiempo con una concepción de la totalidad social basada en el modelo, o metáfora, de *la base y la superestructura*, donde la base es definida como la(s) dimensión(es) económicas y/o tecnológicas *determinantes(s)* y la superestructura es definida como las dimensiones política, jurídica, cultural e ideológica, *determinadas*. Tal concepción, modelo, o metáfora de la totalidad social se atribuye con frecuencia al mismo Marx y para documentar la evidencia normalmente se hace referencia al prefacio de *A Contribution to the Critique of Political Economy*, donde se considera que Marx presenta su aproximación al análisis histórico y social:

---

<sup>6</sup> En particular, como consecuencia del trabajo realizado por especialistas en el Centre for Contemporary Cultural Studies, que debatiremos a lo largo de este libro, la relación entre la historia y la teoría se ha convertido en un tema importante en los debates marxistas británicos desde finales de la década de los setenta.

<sup>7</sup> P. Anderson, *Considerations on Western Marxism*, Londres, New Left Books, 1976.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp 11-12. Asimismo Anderson señala el “gran calibre de la historiografía marxista británica” (p. 102).

<sup>9</sup> E. Genovese, *The World the Slaveholders Made*, Nueva Cork, Vintage Books, 1971, p. vii.

La conclusión general a la que llegué y que, una vez alcanzada, se convirtió en el principio rector de mis estudios puede resumirse como sigue. En la vertiente social de su existencia, los hombres inevitablemente establecen relaciones definidas, que son ajenas a su voluntad, en concreto relaciones de producción apropiadas a un determinado estado del desarrollo de las fuerzas materiales de producción. La totalidad de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, el fundamento real, sobre el que se erige una superestructura política y legal y a la que corresponden formas definidas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso general de la vida social, política e intelectual. No es la conciencia de los hombres lo que determina su existencia, sino que es su existencia social lo que determina su conciencia<sup>10</sup>

Los analistas sociales han construido un modelo que propone un cierto determinismo económico, aunque resulta cuestionable si la anterior cita de Marx lo implica necesariamente. Los historiadores marxistas británicos, habiendo reconocido esta tendencia, se han esforzado en desarrollar una historiografía marxista alejada del determinismo económico con el que, con demasiada frecuencia, ha sido (y todavía es) asociada y, de esta manera, han tratado de reconducir el análisis marxista. Como veremos, no han rechazado el sentido de determinación por completo. Ya que, como escribe Raymond Williams- y en ello todos coincidirían- : “Un marxismo con muchos de los conceptos de determinación que ahora incluye está muy disminuido. (Aunque) Un marxismo carente de todo concepto de determinación, sin duda, no tiene sentido”<sup>11</sup>.

Además de haber compartido la problemática teórica común en busca de una superación del determinismo económico del modelo base-superestructura, los historiadores marxistas británicos también han compartido una problemática *histórica* común. Estructurando sus diversos estudios históricos, subyace el tema de los orígenes, desarrollo y expansión del capitalismo, entendido, no en el sentido limitado del cambio económico, sino como cambio social en el sentido más amplio. Citado con frecuencia como la transición del feudalismo al capitalismo, este proceso no es solamente el tema central de *Studies in the Development of Capitalism*<sup>12</sup> de Maurice Dobb y del debate que siguió a su publicación<sup>13</sup>. Aparece también en trabajos tan diversos como *Society and Puritanism in the Pre-Revolutionary England* de Christopher Hill<sup>14</sup>, *The Making of the English Working Class* de E. P. Thompson<sup>15</sup> y *Primitive Rebels* de Eric Hobsbawm<sup>16</sup>.

Con todo, como tradición teórica, los historiadores marxistas británicos han hecho algo más que compartir unas preocupaciones teóricas e históricas. A lo largo de la elaboración y cotejo de los temas relacionados con esta problemática también han desarrollado lo que puede ser considerada como una aproximación común al estudio histórico, a la que llamaré *análisis de la lucha de clases*. (Este, como se demostrará, no es el mismo que el normalmente conocido por “análisis de clases”). Básicamente, los historiadores marxistas británicos no sólo se han aproximado a sus estudios desde la hipótesis materialista del prefacio de *A Contribution to the Critique of Political Economy* arriba señalado, sino también

---

<sup>10</sup> En Karl Marx, *Early Writings*, Harmondsworth, Penguin Books, 1975, p 425.

<sup>11</sup> R. Williams, *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University Press, 1977, p83. Las dos líneas están invertidas en el texto, pero el significado es el mismo.

<sup>12</sup> M Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1946, edición revisada 1963.

<sup>13</sup> Las aportaciones al debate, que estudiaremos con la obra de Dobb en el capítulo 2, están reunidas en la obra de Rodney Hilton (ed.), *The Transition from Feudalism to Capitalism*, Londres, New Left Books, 1976.

<sup>14</sup> C. Hill, *Society and Puritanism in the Pre-Revolutionary England*, Londres, Secker and Warburg, 1964.

<sup>15</sup> E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Harmondsworth, Penguin, 1963, edición revisada 1968, nuevo epílogo 1980.

<sup>16</sup> E. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, Manchester, Manchester University Press, 1959, edición revisada 1963, nuevo prefacio 1971.

desde la proposición histórica de Marx en *The Communist Manifesto* que dice “la historia de toda la sociedad ha sido la historia de la lucha de clases”.

Estrechamente relacionadas con el análisis de la historia basado en la lucha de clases, los historiadores marxistas británicos han hecho importantes contribuciones al desarrollo de la perspectiva histórica conocida como *la historia desde abajo* o, haciendo referencia específica a sus escritos, *historia de abajo arriba*. Esto es, opuesta a la historia escrita desde la perspectiva de la clases dirigentes o de elite- que tradicionalmente ha caracterizado los estudios históricos- los historiadores marxistas británicos (en particular Hilton, Hill, Hobsbawm y Thompson) han hecho hincapié en las experiencias, acciones y luchas históricas de las “clases bajas”, recuperando el pasado que fue *hecho* por ellas pero no *escrito* por ellas: Hilton y Hobsbawm en relación con los campesinos, Hill y Thompson sobre el “pueblo llano” y Hobsbawm y Thompson sobre la clase trabajadora.

Estos historiadores han hecho, por supuesto, una contribución más amplia a la historia y a la teoría social. Porque, en su empeño por trascender el determinismo económico y explorar la transición al capitalismo, Dobb, Hilton, Hill, Hobsbawm y Thompson han desarrollado el marxismo como teoría para la determinación de clases<sup>17</sup>, cuyo postulado fundamental es que la lucha de clases ha sido de importancia capital en el proceso histórico. Tengo intención de profundizar sobre el sentido de las palabras de Eugene Genovese cuando dice que los historiadores marxistas británicos, al elaborar su teoría a partir de la práctica histórica (es decir no como teoría en sí misma, o por sí misma) han “contribuido inconmensurablemente más al desarrollo de una interpretación marxista que jamás lo hayan hecho los infinitos volúmenes sobre “el materialismo histórico y dialéctico”<sup>18</sup>. Antes de continuar, debo añadir- a fin de que la importancia de su contribución pueda ser apreciada con mas facilidad- que la concepción predominante del modelo marxista de clase es la definida por Barrington Moore Jr.: “De acuerdo con el esquema marxista, los trabajadores comienzan desde una situación generalmente inerte, capaz a lo sumo de rebelión instintiva. A través de la experiencia de la industrialización, que los reúne en grandes fábricas para imponerles un destino común, adquieren una conciencia revolucionaria”<sup>19</sup>. Como veremos, este no es modelo de clase de los historiadores marxistas británicos.

Otro aspecto de la labor de estos historiadores (que tratare al final del libro) es su contribución a la cultura política británica contemporánea. Ellos han participado, por medio de sus escritos, en la formación de lo que pueda existir en Gran Bretaña de una conciencia histórica socialista y democrática.

## Esbozo del libro

Este libro ha sido organizado de la siguiente manera. Los capítulos 2 a 6 tratan de los historiadores marxistas británicos, examinando las aportaciones que cada uno de ellos ha hecho en su(s) respectivo(s) terreno(s) y período(s) de estudio histórico, así como de su contribución colectiva a la historia y a la teoría social. Así, el capítulo 2 revisa la labor de Maurice Dobb, en especial su libro, *Studies in the Development of Capitalism*, en el que lleva a cabo un análisis de la transición al capitalismo basado en la lucha de clases, y con esto, introduce la problemática histórica y el método de los historiadores marxistas británicos. También se incluye en el capítulo 2 el debate a que dio lugar el libro de Dobb y algunos

---

<sup>17</sup> Eugene Genovese se ha referido a una “teoría de determinismo de clase”, pero yo prefiero la palabra “determinación”. Cf. Genovese *In Red and Black: Marxian Explorations in Southern and Afro-American History*, Nueva York, Vintage Books, 1972, p. 40. Para “determinar” y “determinación”, Cf. Raymond Williams, *A Vocabulary of Culture and Society*, Nueva York, Oxford University Press, 1976, pp 86-91, y *Marxism and Literature*, pp. 83-88, respectivamente. Como escribe: “la determinación no es solo fijar los límites, también es el ejercicio de presiones”.

<sup>18</sup> E. Genovese, *The World the Slaveholders Made*, p. viii.

<sup>19</sup> Barrington Moore Jr., Londres, Macmillan, 1978, p 474.

escritos recientes sobre la transición que indican la actual relevancia e importancia de los argumentos de Dobb en relación con los estudios históricos y sociales.

En el capítulo 3 se examina la labor de Rodney Hilton en el contexto de los estudios del campesinado y, especialmente, de los estudios históricos medievales, haciendo hincapié, en particular, en su énfasis sobre la importancia de la lucha de clases en el desarrollo histórico medieval y la contribución histórica de la clase campesina británica. En el capítulo 4 se revisan los numerosos escritos de Christopher Hill sobre el siglo diecisiete, especialmente sobre la Revolución Inglesa, insistiendo en su contribución a la tesis de que se trató de una revolución burguesa y en la existencia de una fracasada “revolución democrática” dentro de la propia revolución. Por otra parte, se demuestra que tanto para Hilton como para Hill, el análisis de la lucha de clases no ha estado en absoluto limitado a cuestiones político-económicas.

En el capítulo 5 se presentan los estudios históricos globales de Eric Hobsbawm, especialmente sus aportaciones al estudio de la clase obrera, el campesinado y la historia mundial y a la ampliación de la que será considerada *experiencia de clase*. En el capítulo 6 se examina el trabajo de E. P. Thompson: primero, *The Making of the English Working Class*, después sus estudios sobre el siglo dieciocho, y finalmente sus escritos sobre historiografía y teoría social. En particular, en este capítulo se presta atención a las aportaciones de Thompson en relación con la *formación* y la *conciencia de clase* en el marco de la lucha de clases.

A continuación, el capítulo 7 examina la contribución colectiva de los historiadores marxistas británicos: su desarrollo de la perspectiva de la historia de abajo arriba- en comparación con otras aproximaciones históricas desde abajo-; y su desarrollo del Marxismo como teoría para la determinación de clases. Finalmente el capítulo concluye con una reflexión sobre su contribución al problema (político) de la conciencia histórica.

El resto de esta introducción se dedicará a examinar brevemente los antecedentes contextuales o “formación” de los historiadores marxistas británicos en cuanto tradición teórica e histórica.

## La formación de una tradición teórica

Trabajar como historiador marxista en Gran Bretaña significa trabajar dentro de una tradición inaugurada por Marx, enriquecida por los logros complementarios e independientes de William Morris, ampliada recientemente por la participación de hombres y mujeres especialistas tales como V. Gordon Childe, Maurice Dobb, Dona Torr and George Thomson, y tener por colegas a estudiosos como Christopher Hill, Rodney Milton, Eric Hobsbawm, V. G. Kiernan y (entre otros que podría mencionar) los editores de este *Register* (John Saville y Ralph Miliband). Creo que no existe razón deshonrosa alguna que me impida solicitar un puesto en esta tradición.

E. P. Thompson<sup>20</sup>

Aunque yo voy a defender que Dobb, Hilton, Hill, Hobsbawm y Thompson representan una tradición teórica, tres ensayos recientes han considerado a estos historiadores de manera diferente. En uno de estos ensayos, Raphael Samuel explica las fuentes de la “historia marxista” e incluye a los historiadores marxistas británicos dentro de lo que él considera una tradición de historiografía marxista británica, que ya ha cumplido su primer

---

<sup>20</sup> E. P. Thompson, “An Open Letter to Leszek Kolakowski”, reimpresso en *The Poverty of Theory*, Londres, Merlin Press, 1978, cuarta impresión, p. 333, originalmente en *The Socialist Register*, 1973, Merlin Press, 1973.

siglo, y que tuvo su origen en el mismo Marx<sup>21</sup>. En un segundo ensayo, Eric Hobsbawm escribe sobre el grupo de historiadores del Partido Comunista, del que fueron parte activa y decisiva, durante los años 1946-56<sup>22</sup>. En un contexto divergente, Richard Johnson examina el trabajo de éstos en relación con lo que presenta como una “estructura de sentimiento” postbélica particular (es decir, finales de los años cincuenta y década de los sesenta) dentro de los estudios sociales e históricos británicos<sup>23</sup>.

En su análisis, Raphael Samuel ofrece una historia básica, pero exhaustiva, del último siglo (1880-1980) de historiografía marxista británica. Su objetivo principal es presentar las “mutaciones” de los estudios históricos marxistas británicos desde la época de Marx y en relación con: el contexto cultural y social de los muchos historiadores que han hecho la tradición histórica marxista en Gran Bretaña durante el último siglo; la pervivencia en el tiempo de varios temas que surgieron de diferentes movimientos intelectuales y políticos tanto socialistas como no socialistas; y las circunstancias históricas cambiantes (políticas y económicas) a las que las respectivas generaciones de historiadores marxistas británicos han tenido que enfrentarse. Así, por ejemplo: Samuel escribe sobre la influencia de los historiadores democráticos radicales y liberales tal como los Hammonds (que serán tratados en el capítulo 5, sobre Eric Hobsbawm) y, también, sobre la influencia de historiadores socialistas no marxistas tal como G.D.H. Cole y R.H. Tawney (este último será tratado en el capítulo 4, sobre Christopher Hill). Señala las influencias de éstos haciendo referencia especial a lo que denomina la “historia popular”<sup>24</sup>, ya que se trataba una fuente importante de lo que iba a ser historia de abajo arriba en la obra de Hilton, Hill, Hobsbawm y Thompson.

Samuel también trata la influencia del inconformismo protestante en las diferentes generaciones de historiadores marxistas británicos. Señala que en ocasiones la influencia fue muy directa, esto es, a través de una educación y/o una formación metodista como por ejemplo, en los casos de Christopher Hill y E. P. Thompson (afirmación que Thompson rechaza en relación con sí mismo). A veces fue indirecta, como en la relación que existía entre el Independent Labour Party y el metodismo en el West Riding. (En este sentido debemos señalar que los padres de Rodney Hilton fueron parte activa del ILP, y él mismo ha hablado de su educación dentro de una “tradición cultural no religiosa de inconformismo”). Además, defiende Samuel, la influencia del inconformismo sobre la historiografía marxista británica puede apreciarse en el empeño de algunos historiadores por descubrir y defender la “herencia radical” del puritanismo, la disensión y el inconformismo. Esto se evidencia más claramente, como veremos, en el trabajo de Christopher Hill sobre el puritanismo y las sectas religiosas radicales. Adicionalmente, bajo el epígrafe general del “racionalismo científico”. Samuel estudia la influencia de corrientes intelectuales y políticas tal como el “librepensamiento”, el anticlericalismo, la ciencia, el productivismo y el progresismo.

Eric Hobsbawm afirma- contrariamente a Samuel- que, con anterioridad al Grupo de Historiadores del Partido Comunista, “no había tradición de historia marxista en Gran Bretaña”<sup>25</sup>. Pero, con independencia de que sea o no convincente la argumentación de Samuel acerca de la existencia de un desarrollo continuo de la tradición histórica marxista británica (y yo pienso que lo es), él consigue demostrar que la formación de tal tradición fue

---

<sup>21</sup> R. Samuel, “The British Marxist Historians”, *New Left Review*, 120 (Marzo-Abril, 1980), pp. 24-96.

<sup>22</sup> E. Hobsbawm, “The Historians Group of the Communist Party”, en M. Comforth (ed.), *Rebels and their Causes*, Londres, Lawrence and Wishart, 1978, pp. 21-45.

<sup>23</sup> R. Johnson, “Culture and the Historians”, en J. Clarke, C. Critcher y R. Johnson (eds.), *Working-Class Culture: Studies in History and Theory*, Londres, Hutchinson, 1979, pp. 41-71.

<sup>24</sup> Cf. R. Samuel, “People’s History” en R. Samuel (ed.) *People’s History and Socialist Theory*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983, pp. xiv-xxxix. Debe tenerse en cuenta que G.D.H. Cole fue uno de los más importantes historiadores socialistas y laboristas de Gran Bretaña y, entre las muchas obras que escribió, fue co-autor de un clásico de la “historia popular”: G.D.H. Cole y R. Postgate, *The Common People, 1746-1946*, Londres, Methuen, 1938, edición revisada de 1946.

<sup>25</sup> E. Hobsbawm, “The Historian Group”, p. 22.

un proceso abierto, en contacto con una serie de influencias a veces bastante contradictorias.

En general se considera que los años 1946-56 fueron los más significativos en la formación de la tradición histórica marxista británica. Ya que fue durante ese período cuando Dobb, Hilton, Hill, Hobsbawm, y (en menor grado) Thompson, junto con otros (entre los que destacan, Victor Kiernan, George Rudé, A. L. Morton, John Saville y Dorothy Thompson) fueron miembros activos del grupo de historiadores del Partido Comunista. En apoyo de mi tesis de que los historiadores marxistas británicos representan una tradición teórica, citaré, de la introducción que Hobsbawm hace a su artículo sobre el grupo, estas palabras: “por razones que incluso ahora son difíciles de entender, la mayor parte del esfuerzo teórico marxista británico fue orientado hacia el trabajo histórico”<sup>26</sup>.

En su artículo, Hobsbawm trata de la formación y organización del grupo; sus empeños por publicar; sus relaciones con el Partido Comunista; la respuesta de sus miembros a la crisis de 1956-57; y las aportaciones que el grupo y sus componentes han hecho, desde entonces y hasta ahora, a los estudios históricos. Hobsbawm recuerda que el grupo surgió inmediatamente después de la segunda guerra mundial a partir de unos debates para organizar un seminario sobre *A People`s History of England* de A. L. Morton<sup>27</sup>. (El libro había sido publicado originalmente en 1938 con el fin de ofrecer un texto marxista asequible sobre la historia inglesa. El seminario debía revisar la obra a la luz de estudios posteriores). Christopher Hill recuerda que, en realidad, la iniciativa para formar al grupo surgió, entre otros, de Hilton, Hobsbawm, Kiernan, y él mismo, todos los cuales, junto con John Saville y Max Morris, son considerados por Hobsbawm como los miembros más activos e influyentes del período 1946-56. Estos historiadores se habían graduado y comenzado sus investigaciones a mitad de la década de los treinta (como Hill y Kiernan) o lo habían hecho inmediatamente antes o inmediatamente después de la guerra (como Hilton y Hobsbawm). Debemos recordar que dichos historiadores contrajeron su compromiso intelectual y político durante, y como una respuesta a, la depresión, y en oposición al fascismo, tanto como marxistas que eran, como influidos por su servicio militar durante la guerra. Además de esta joven generación de historiadores, había un grupo de especialistas más veteranos, en especial Maurice Dobb (cuyo estudio histórico más importante se tratará en el siguiente capítulo) y Dona Torr (cuya influencia será señalada en breve).

Hobsbawm observa que “para algunos el grupo era, sino exactamente un estilo de vida, al menos una pequeña causa, además de una alternativa para estructurar su ocio. Para la mayoría fue también una amistad”, y añade que “la austeridad física, el estímulo intelectual, la pasión política y la amistad son probablemente lo que los supervivientes más recuerdan- pero también el sentido de igualdad-”. Con igualdad quiere decir que todos reconocían ser “igualmente exploradores de un territorio en gran manera desconocido. Pocos... dudaban en hablar durante un debate, menos en criticar, ninguno en aceptar una crítica”<sup>28</sup>. Organizados en “secciones por períodos” (antiguo, medieval, siglos dieciséis-diecisiete y siglo diecinueve, además de una sección de profesores), las actividades del grupo estaban centradas en Londres, si bien Hobsbawm señala que se esforzaron por establecer ramas regionales que en parte tuvieron éxito. A través de sus miembros, el grupo trató activamente de “popularizar” la investigación histórica y la perspectiva que estaban desarrollando, de manera especial en algunas ocasiones tal como en el tricentenario de 1649.

Los historiadores “contemporáneos” del grupo naturalmente se dedicaban con mayor interés al seguimiento y difusión de la historia del movimiento obrero británico y, sin duda, fueron animados en su empeño por el Partido Comunista Británico. Sin embargo este fue el

---

<sup>26</sup> Ibid, p. 21.

<sup>27</sup> A. L. Morton, *A People`s History*, Londres, Lawrence and Wishart, 1979, edición revisada.

<sup>28</sup> E. Hobsbawm, “The Historians’ Group”, pp. 25-26.

único terreno en el que se sentirían incómodos con el partido. Como Hobsbawm ha manifestado en varias ocasiones, había problemas en el seguimiento de la historia del trabajo del siglo veinte porque esto significaba necesariamente apreciaciones críticas sobre las actividades mismas del Partido<sup>29</sup>.

Además de las publicaciones y estudios individuales de sus miembros, el grupo también trazó e inició algunos proyectos de investigación y publicación. En concreto, en 1948-49, se comenzó a publicar una serie de volúmenes de documentos históricos (con introducciones y anotaciones) que cubrían distintos períodos de la historia inglesa, con la intención de divulgar los estudios y la perspectiva histórica del grupo. Con la inspiración y la dirección editorial de Dona Torr, la serie se llamó “History in the Making” y fueron publicados cuatro volúmenes: *The Good Old Cause 1640-1660* (editado por Christopher Hill y Edmund Dell), *From Cobbett to the Chartists* (editado por Max Morris), *Labour’s Formative years* (editado por J. B. Jeffreys), y *Labour’s Turning Point* (editado por E. J. Hobsbawm)<sup>30</sup>.

Otros dos proyectos que se iniciaron pero que nunca llegaron a convertirse en una publicación- al menos en la forma en la que en principio se habían concebido- fueron una historia marxista del movimiento obrero y, respondiendo a una sugerencia de Dona Torr, la “historia completa del desarrollo capitalista británico”. En ambos casos se celebraron seminarios para organizar el trabajo, pero no se llegó a publicar ningún libro. Sin embargo, debemos recordar que, aunque el grupo no siempre coronó los ambiciosos proyectos que se propusieron, en muchos casos la investigación iniciada y los ensayos escritos sirvieron de base para algunos estudios desarrollados con posterioridad por algunos miembros individualmente. Asimismo debemos señalar la publicación del grupo, *Democracy and the Labour Movement*, editada por John Saville con ayuda de George Thompson, Maurice Dobb y Christopher Hill<sup>31</sup>. Esta colección de ensayos en honor de Dona Torr incluyen unos cuantos artículos notables- realmente originales- indicativos del grado de erudición de los componentes del Grupo y, hasta cierto punto, de la calidad de los programas que iban a realizarse en años venideros. Por ejemplo, entre las contribuciones al volumen destacan “The Norman Yoke” de Christopher Hill y “The Labour Aristocracy in 19th Century Britain” (Ambos serán discutidos en los capítulos sobre Hill y Hobsbawm).

En este contexto debe ser reconocida la “poderosa influencia”<sup>32</sup> de Dona Torr en la “formación” de los historiadores marxistas británicos. Nacida en 1883, Torr era hija de un canónigo de la catedral de Chester<sup>33</sup>. Mientras hacía su licenciatura en historia en el University College de Londres, trabajó como periodista, primero en el *Daily Herald*, y después en el *Daily Worker*. Fue miembro fundador del Partido Comunista en 1920 y se le ha descrito como una devota erudita marxista. Además de trabajar como editora general de la serie “History in The Making”, Torr publicó *Selected Correspondence of Marx and Engels* (1934), un Suplemento a una edición inglesa de *El Capital* (vol.1) (1938); *Marxism, Nationality and War* (2 vols.) (1940); y *Marx on China* (1951)<sup>34</sup>. Pero su obra más importante, la cual no había sido acabada cuando murió en 1957, fue *Tom Mann and His Times*<sup>35</sup>. En este último

---

<sup>29</sup> Ibid, pp. 28-30.

<sup>30</sup> Todos publicados por Lawrence and Wishart. Los volúmenes editados por Hill (y Dell) y Hobsbawm se han revisado y editado de nuevo. Así lo hacemos notar en los capítulos sobre sus obras respectivas.

<sup>31</sup> J. Saville et al (eds.), *Democracy and the Labour Movement*, Londres, Lawrence and Wishart, 1954.

<sup>32</sup> Las palabras son de Hobsbawm, aunque el propiamente no estuviera muy próximo a ella (“The Historians’ Group”, p. 46).

<sup>33</sup> Estas notas biográficas fueron proporcionadas por Christopher Hill en una carta al autor en Septiembre de 1983. Señalaba que se trataba de una persona muy reservada, por lo que no podía garantizar todos los detalles.

<sup>34</sup> El segundo publicado por Allen & Unwin, los otros por Lawrence and Wishart.

<sup>35</sup> D. Torr, *Tom Mann and His Times*, Londres, Lawrence and Wishart, 1956. Varios capítulos de este volumen (en principio se proyectaron dos) los hicieron a partir de las propias notas de la autora, y a petición suya, Christopher Hill y A. L. Morton. Fragmentos de lo que debía haber constituido el segundo volumen fueron editados y publicados por E. P. Thompson como “Tom Mann and His Times, 1890-1893” en *Our History*, 26-7 (1962). Hill señala que ella era tan perfeccionista que probablemente jamás lo hubiera terminado.



libro Torr no solamente quiso presentar la vida y la época de este radical de la clase trabajadora, socialista y activista del movimiento obrero, sino también relacionar las luchas del período en que vivió, 1856-1941, con una larga historia de luchas por los derechos democráticos en Inglaterra, que se inició en el siglo diecisiete.

Christopher Hill señala que, aunque Torr no fue miembro fundador del grupo, “de inmediato se sintió a gusto con él, ya que le proporcionaba el tipo de estímulo intelectual de academicismo específicamente histórico que no había encontrado hasta entonces”. Sin embargo añade: “De hecho, sabía más, había meditado más sobre historia que cualquiera de nosotros; y lo que es más, puso su trabajo, su erudición y su sabiduría a nuestra disposición”. En el prefacio a *Democracy and the Labour Movement*, Saville y sus co-editores explican el porqué de la importancia de la influencia y la aportación de Torr:

Nos enseñó la *pasión histórica*. Para ella la comprensión del proceso histórico es una experiencia emocional intensa... Todos nosotros podemos recordar apasionadas discusiones con ella, palabras lacerantes por el hecho de darnos a conocer que algo importante estaba en juego. Hizo que la historia latiera en nuestros pulsos. La historia ya no eran palabras en una página, ni las andanzas de los reyes y de los primeros ministros, ni siquiera los meros sucesos. La historia era el sudor, la sangre, las lágrimas y los triunfos de la gente común, de nuestra gente<sup>36</sup>.

De esta manera, Torr debió influir en los historiadores marxistas británicos más jóvenes en su desarrollo de la “historia popular” según el criterio de historia de abajo arriba. Ella misma indicó su concepción del papel que los historiadores socialistas debían desempeñar, con una cita de la figura obrera del siglo diecinueve, William Newton, que utilizó para comenzar su *Tom Mann and His Times*:

Ha de ser nuestra tarea, nuestro deber, conservar fresco el recuerdo de nuestro orden, tomar nota de las luchas, señalar las victorias, intentar nuevas conquistas y recoger de los fracasos los elementos del éxito... veremos entonces que el mundo abarca la civilización con la mano enorme y áspera del obrero, no con los dedos finos y enguatados del noble<sup>37</sup>.

Además, como declara Hill al comentar sobre su “ingenio cáustico que trataba de reservar (generalmente con éxito) para sus superiores o iguales”, Torr se oponía al economicismo demasiado influyente en el pensamiento marxista. En particular se opuso a “lo que denominó “escuela catastrófica” de marxistas, los cuales creían que las condiciones en Inglaterra tenían que empeorar mucho más antes de que un cambio serio fuera posible; idea que era bien aceptada.

Hobsbawm reconoce que el establecimiento del Partido Comunista coaccionó a los historiadores modernos en su trabajo sobre el período. Sin embargo señala que “en los años 1946-1956, las relaciones entre el grupo y el Partido habían sido prácticamente impecables”. Esto, puntualiza, fue debido al hecho de que los historiadores “eran un grupo de comunistas tan leales, activos y comprometidos como el que más, aunque sólo fuera por considerar que el marxismo implicaba pertenencia al Partido. Criticar el marxismo suponía criticar al Partido y viceversa”<sup>38</sup>. También reconoce que en algunos aspectos había una cierta tendencia a aceptar la imposición de los términos del debate histórico, por ejemplo, el caso de “Absolutism and the English Revolution”. Con esto, Hobsbawm probablemente quiere decir que los propios escritos de Marx fueron tomados en ocasiones más como “modelos para ser aplicados” que como “hipótesis para ser exploradas o comprobadas”. Sin embargo, insiste en que “el resultado efectivo de nuestros debates y actividades significó una enorme ampliación y no una disminución o distorsión de nuestro concepto de historia”. Esto fue posible,

<sup>36</sup> J. Saville et al, *Democracy and the Labour Movement*, p. 8.

<sup>37</sup> D. Torr, *Tom Mann and His Times*, p. 13. Cita de “History of the People” (1984) de Newton.

<sup>38</sup> E. Hobsbawm, “The Historians’ Group”, p. 26.

sostiene, porque “incluso durante el período estalinista más dogmático las versiones autorizadas de la historia marxista se habían preocupado por los problemas históricos genuinos, susceptibles de debate histórico serio, excepto cuando estaba implicada la autoridad política del Partido Bolchevique u otros asuntos afines”. Incluso, afirma que “no hubo “política partidista” en la mayor parte de la historia británica”, o, cuando menos no había conciencia de ello en ese momento<sup>39</sup>.

También es importante notar que aunque los componentes del grupo (con el apoyo naturalmente, del partido) consideraron que una de sus tareas era criticar los estudios históricos no marxistas, no por ello trataron de aislarse de los historiadores no marxistas. De hecho, intentaron “tender puentes” hacia los historiadores no marxistas que compartían afinidades e intereses comunes. El resultado más significativo de este empeño fue la revista *Past & Present*, cuyo primer número apareció en el clima de guerra fría de 1952. (Originalmente publicado dos veces por año, la revista es ahora trimestral, y el número cien apareció en agosto de 1983). La iniciativa de la revista fue de miembros del grupo, específicamente de Dobb, Hilton, Hill, Hobsbawm y John Morris (a quien se reconoce como el protagonista principal en la organización de la revista). Pero *Past & Present* no fue publicada ni por el grupo ni por el Partido. Tampoco se tuvo la intención de que fuera una revista limitada a los estudios marxistas históricos- y nunca lo ha sido-. De hecho, en el consejo de redacción siempre ha habido algunos historiadores no marxistas y algunos sociólogos históricos, como el historiador Lawrence Stone, el sociólogo Philip Abrams y el antropólogo Jack Goody<sup>40</sup>.

Con una cita del erudito árabe del siglo catorce, Ibn Khaldun, los editores de *Past & Present* indicaron en el primer número cuáles iban a ser los objetivos de la nueva revista. Escribieron “nuestra principal tarea... es reflejar y explicar (las) “transformaciones que sufre la sociedad en virtud de su propia naturaleza”. Un estudio tal no puede sino dar lugar a conclusiones generales, les llamemos o no “Leyes del desarrollo histórico” y seremos malos historiadores si menospreciamos su complejidad”. Subtitulado originalmente a *Journal of Scientific History* (que se suprimió a partir de entonces), los editores de *Past & Present* marcaron las diferencias entre ellos y los científicos sociales, en especial los funcional-estructuralistas. En su opinión, los científicos sociales con excesiva frecuencia llevaban a cabo sus prácticas teóricas siguiendo las pautas de la biología y las ciencias naturales, y de esta manera perdían el contacto con la “especificidad histórica” de la vida social: “Cada forma de sociedad humana y cada una de sus fases individuales, tiene sus propias leyes de desarrollo”. Además, y esto era importante- a menos que “las leyes del proceso histórico” se consideren dependientes de alguna fuerza trascendente o *predeterminación* del desarrollo histórico- también afirmaron que “los hombres son constructores activos y conscientes de la historia, no meramente números y víctimas pasivas”<sup>41</sup>.

Aunque no todos los proyectos iniciales de los editores se concluyeron de igual manera (e. g. su interés por artículos sobre el Tercer mundo), *Past & Present* se ha convertido indiscutiblemente en una de las revistas líderes en el campo de los estudios históricos, a la vez que ha sido un medio importante para el (re-)surgimiento de la historia social y de la sociología histórica como temas centrales de estas disciplinas. Acompañados en los últimos años por Víctor Kiernan y E. P. Thompson, Hill, Hilton y Hobsbawm han permanecido activos en la dirección de la revista. Hill es presidente de la *Past & Present Society* y Hilton y Hobsbawm son director y vicedirector respectivamente del comité editorial. Su trabajo colectivo en la revista demuestra su camaradería y amistad que ha persistido a pesar de sus respectivas decisiones de abandonar o permanecer en el Partido Comunista a la vista de los acontecimientos de 1956-7.

---

<sup>39</sup> Ibid, pp 34-35.

<sup>40</sup> Cf. los artículos en el número cien: Christopher Hill, Rodney Hilton y Eric Hobsbawm, “Origins and Early Years” y Jacques Le Goff, “Later History”, *Past & Present* (Agosto, 1983), pp. 3-13 y 14-28.

<sup>41</sup> “*Past & Present*”, 1, (Febrero 1962), p. i.

A principios de 1956, a resultas del discurso de Krushev sobre el “estalinismo” con motivo del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, la invasión soviética a Hungría más tarde ese mismo año, y la fracasada oposición a ésta por parte del Partido Comunista Británico (así como la fracasada democratización interna), miles de comunistas británicos abandonaron el Partido. Entre ellos Rodney Hilton, Christopher Hill y E. P. Thompson, junto con otros miembros del grupo de los historiadores. Maurice Dobb y Eric Hobsbawm por el contrario, permanecieron. Aunque no abandonó el partido Hobsbawm, así como otros muchos miembros del grupo, participó activamente, durante el período 1966-67, en los intentos por convencer a la dirección del partido y efectuar cambios “democráticos” en la práctica y en la política del partido. El mismo observa que alguno componentes del grupo de los historiadores “destacaron entre los críticos de la actitud oficial del partido en ese tiempo” y “los tres episodios de “oposición” más sobresalientes- el Reasoner, la publicación de una carta por unos cuantos intelectuales en *The New Stateman* y *Tribune* y el Informe de la minoría sobre la democracia del partido en el veinticinco Congreso del PCGB-, fueron todos ellos relacionados con historiadores comunistas (Saville, Thompson, Hilton, Hill, Hobsbawm, entre otros)”. Con relación a Reasoner en particular, Saville y Thompson, organizaron la revista en 1956 con el fin de proporcionar un vehículo para el debate y la disensión en el partido, pero la dirección del partido reaccionó suspendiéndoles de su afiliación. La respuesta de Saville y Thompson consistió en dimitir y Reasoner se convirtió en el *New Reasoner* (precursor de *New Left Review*)<sup>42</sup>.

Hobsbawm mantiene la hipótesis de que fueron tan activos en la disensión y la oposición porque “la preocupación básica sobre Stalin era literalmente histórica: qué había sucedido y por qué se había ocultado”. Puesto que “el análisis histórico era un tema central entre los políticos marxistas” éstos se vieron necesariamente empujados a la acción, en especial porque estaba claro que la dirección del partido negaba la necesidad de tal análisis<sup>43</sup>. Hobsbawm concluye su artículo observando que después de 1956-57 el Grupo de los Historiadores seguía existiendo pero ya no como antes, porque muchos de sus miembros habían abandonado el partido. Brevemente señala los que considera haber sido los mayores logros del grupo, haciendo hincapié en sus contribuciones a la historia social, particularmente la historia desde abajo y, en cuanto a los temas, la historia del trabajo y la Revolución Inglesa.

El tercer artículo antes mencionado, “Culture and the Historians”, está escrito por Richard Johnson del Centre for Contemporary Cultural Studies de la Universidad de Birmigham<sup>44</sup>. Este artículo de Johnson fue escrito como parte de un proyecto más amplio sobre la relación entre la ensayística histórica británica y la teoría social, la política y la “memoria popular”, incluyendo, en particular, una evaluación crítica de la formación de la tradición histórica marxista británica<sup>45</sup>. Es significativo que, durante gran parte del período en el que el programa se estaba desarrollando, la perspectiva teórica que dominaba en el Centro era “marxista-estructuralista” tal como la formulaba Louis Althusser (a la que y a quien se hará referencia en múltiples ocasiones en este libro, en especial en los capítulos sobre la obra de Dobb y Thompson).

En “Culture and the Historians”, Johnson examina el trabajo de los historiadores marxistas británicos atendiendo a lo que considera una “estructura de sentimiento”<sup>46</sup>

---

<sup>42</sup> Cf. John Saville, “The XXth Congress and the British Communist Party”, in *The Socialist Register* 1976, Londres, Merlin Press, 1976, pp. 1-23.

<sup>43</sup> E. Hobsbawm, “The Historians’ Group”, p. 39-42.

<sup>44</sup> Sobre los orígenes intelectuales del Centro, cf. Paul Jones, “Organic Intellectuals and the Generation of English Cultural Studies”, *Thesis Eleven*, 5/6 (1982), 83-123.

<sup>45</sup> El proyecto dio lugar a dos volúmenes de artículos: J. Clarke y R. Johnson (eds.), *Working Class Culture* y R. Johnson et. al. (eds.), *Making Histories: Studies in History-Writing and Politics*, Londres, Hutchinson, 1982.

<sup>46</sup> Refiriéndose en cierto modo a una “generación intelectual”, “estructura de sentimiento” proviene de la obra de Raymond Williams, a quien Johnson a su vez incluye en la estructura de sentimiento en cuestión. Sobre este concepto, cf. R. Williams, *Marxism and Literature*, pp. 128-135.

característica de los estudios sociales e históricos socialistas británicos de finales de la década de los cincuenta, durante los sesenta, y que persiste en los setenta. (En “socialistas”, Johnson incluye estudios marxistas y no marxistas). Defiende que, en el período posterior a 1956, los escritores e historiadores sociales socialistas británicos progresivamente se iban centrando y poniendo especial énfasis en las prácticas y las relaciones *culturales* (por diversas razones específicamente históricas, tal como los mismos sucesos de 1956, y el supuesto “aburguesamiento” de la clase obrera británica). Esto, mantiene, representaba un cambio tanto en los estudios históricos marxistas, es decir, alejándose de la estructura y relaciones *económicas*, como en la historiografía de la clase obrera, es decir, alejándose de los estudios meramente institucionales. Al mismo tiempo, señala, el concepto “cultura” fue ampliado, o, mejor, revisado para así incluir lo “social” y lo “popular” en oposición a lo meramente “artístico-literario” y “elitista”.

Entre los historiadores que Johnson considera como parte de la mencionada estructura de sentimiento de finales de los cincuenta y la década de los sesenta se encuentran Hilton (a quien Johnson ve sólo parcialmente comprometido), Hill, Hobsbawm, Saville, y Thompson. También incluye a especialistas como Asa Briggs, con su edición de *Chartist Studies*<sup>47</sup>, Richard Hoggart, con *The Uses of Literacy*<sup>48</sup>, Raymond Williams, con *Culture and Society*<sup>49</sup>, entre otros libros; y el historiador americano, Eugene Genovese, con *The Political Economy of Slavery*<sup>50</sup>, y otros estudios posteriores.

Lo significativo del artículo de Johnson y otros estudios afines hechos por sus colegas Centro es que atrae la atención hacia la erudición y el discurso socialistas más amplios en la Inglaterra posterior a 1956 y su relación con los historiadores marxistas británicos. Esto es especialmente importante ya que varios historiadores marxistas estuvieron comprometidos activamente con la formación de la Nueva Izquierda inicial, por medio de organizaciones como the Campaign for Nuclear Disarmament (CND), junto con otros historiadores, científicos sociales, y ensayistas que no eran propiamente marxistas (al menos en ese momento, e. g. Raymond Williams, quien siempre ha tenido una relación intelectual especial con el pensamiento marxista)<sup>51</sup>. Si Johnson y sus colegas se hubieran limitado a defender que el trabajo de los historiadores marxistas británicos durante este período tenía que ser considerado en el contexto de la nueva izquierda británica, implicando un cambio de énfasis en sus estudios históricos, el problema hubiera sido mínimo. Sin embargo, ellos iban más allá. Afirmaban que el trabajo de Hilton, Hill, Hobsbawm y Thompson durante estos años rompió con la problemática del período anterior a 1956 y, en particular, con la perspectiva de Maurice Dobb. Defienden que los historiadores marxistas británicos, a partir de 1956, llegaron a desarrollar su propia aproximación al estudio histórico, a la que denominan “marxismo cultural” o “culturalismo” y que esto representó una ruptura con el “marxismo económico” y “estructural” de Dobb, tal como lo había explicado en su obra histórica *Studies in the Development of Capitalism*.

El desarrollo del culturalismo, defiende Johnson, parece suponer el rechazo, o al menos la evitación del presupuesto marxista esencial según el cual el cuerpo social determina la conciencia social así como la importante “categoría básica” o concepto de “modo de producción”. De acuerdo a con Johnson y sus colegas, esto se debe a los esfuerzos de los historiadores marxistas británicos por superar el modelo base-

---

<sup>47</sup> A. Briggs, *Chartist Studies*, Londres, Macmillan, 1959.

<sup>48</sup> R. Hoggart, *The Uses of Literacy*, Harmondsworth, Penguin, 1971. Primera edición 1957. Hoggart fue el fundador del Centre for Contemporary Cultural Studies.

<sup>49</sup> R. Williams, *Culture and Society*, Harmondsworth, Penguin, 1971. Primera edición 1958.

<sup>50</sup> E. Genovese, *The Political Economy of Slavery*, Nueva York, Vintage Book, 1967. La obra de Genovese será debatida brevemente en el capítulo segundo, sobre Dobb, y también mencionada en el capítulo sexto sobre Thompson.

<sup>51</sup> Cf. las largas entrevistas con Raymond Williams hechas por los editores de la *New Left Review* publicadas como *Politics and Letters*, Londres, New Left Books, 1979. También, Williams se consideraría marxista hoy en día.

superestructura y su interés por la clase, entendida en “forma restringida” de clase como conciencia de clase. En efecto, se defiende que los historiadores marxistas británicos han roto con diversos dogmas fundamentales en el pensamiento de Marx y que, mientras Dobb, Hilton, Hill, Hobsbawm y Thompson pueden representar una tradición historiográfica, ciertamente no representan una tradición teórica. Se admite que, en todo caso, hayan forjado dos tradiciones teóricas, el “economicismo” y el “culturalismo”<sup>52</sup>.

Johnson y sus colegas insisten en que se perdió mucho en el desarrollo del culturalismo y que es necesario reintroducir los factores estructurales y, hasta cierto punto, económicos que caracterizan el trabajo de Marx y de Dobb en los estudios históricos marxistas británicos. Pero, también indican, que tal restablecimiento no debe hacerse por medio de una vuelta a la “teoría” de Dobb porque es demasiado “economicista”. Por el contrario, sugieren que se establezca un diálogo entre lo que ellos llaman “marxismo cultural” y “humanístico” y el marxismo estructuralista de Althusser y sus seguidores<sup>53</sup>. Además, parecen estar seguros de que los estructuralistas tienen mucho más que ofrecer al debate teórico que proponen que los historiadores, ya que uno de los problemas supuestamente más graves con respecto al culturalismo es que se aleja de la teoría y de la “abstracción” a favor del “empirismo” y la “experiencia vivida”.

La afirmación de una ruptura no ha dejado de ser controvertida. Por ejemplo, hubo una acalorada disputa en la revista *History Workshop*, instigada por un artículo publicado en ella por Johnson, titulado “Thompson, Genovese, and Socialist Humanist History”<sup>54</sup>. En él Johnson examina los escritos históricos de estos dos “culturalistas” como evidencia de la supuesta ruptura entre Dobb y los historiadores más jóvenes. Curiosamente hay una contribución al debate que indica que la percepción de dicha supuesta ruptura no está limitada a los Marxistas estructurales. Simon Clarke, respondiendo como “humanista” al estructuralismo de Johnson, acepta la tesis de una ruptura pero rechaza la evaluación que de ella hace Johnson. Esto es, Clarke está de acuerdo con Johnson en que Hilton y los demás han roto con el economicismo de Dobb a lo largo del desarrollo del culturalismo; pero contrariamente a Johnson, que culpa a los historiadores más jóvenes de producir la ruptura, Clarke los alaba por ello -¡aunque añade que no han ido suficientemente lejos!<sup>55</sup> Todavía otro crítico, Keith Tribe, defiende (fuera de *History Workshop*) que, de hecho el trabajo de los historiadores marxistas británicos desde Dobb hasta Thompson se ha caracterizado por la continuidad en su preocupación principal por las relaciones económicas dentro de los períodos que estudian<sup>56</sup>.

Mi postura- opuesta a las de Johnson/Clarke y Tribe- es que la relación entre Dobb y Hilton y los demás no está caracterizada ni por una ruptura entre el economicismo y el culturalismo ni por una continuidad basada en el interés por las relaciones económicas. Por el contrario, en los siguientes capítulos defenderé que, aunque puede haber un desplazamiento de los focos de interés en el trabajo de Dobb y en el trabajo de sus colegas más jóvenes, se trata justamente de eso, de un desplazamiento no de una ruptura. Además, la continuidad no aparece en su preocupación por las relaciones económicas sino por las

---

<sup>52</sup> Aunque ha reducido el tono de su insistencia sobre una “ruptura”, los miembros del Centro todavía rechazan la noción de una “tradición teórica” histórica marxista británica. Cf. Bill Schwarz, “The People History: The Communist Party Historians’ Group, 1946-56”, en R. Johnson et al, *Making Histories*, p. 50.

<sup>53</sup> Cf. “Three Problematic Elements of a Theory of Working Class Culture, de R. Johnson en J. Clarke, C. Critcher y R. Johnson (eds.), *Working Class Culture*, pp. 201-37. Los escritores del Centro no evitaron críticas sobre el estructuralismo pero el proyecto se realizó según había sido trazado y de esta manera el carácter del diálogo estuvo predeterminado por el estructuralismo.

<sup>54</sup> R. Johnson, “Thompson, Genovese and Socialist Humanist History”, en *History Workshop* 6 (Otoño 1978), pp. 79-100.

<sup>55</sup> S. Clarke, “Socialist Humanism and the Critique of Economism”, en *History Workshop* 8 (Otoño 1979), 138-56.

<sup>56</sup> K. Tribe, “The Problem of Transition and the Question of Ouwmm”, en su obra *Genealogies of Capitalism*, Londres, Macmillan, 1987, p.2.

relaciones y las luchas de clase en su totalidad<sup>57</sup>. Así que, si tuviéramos que dar un nombre a la teoría de la determinación de clase, éste no debería ser marxismo cultural o económico sino marxismo *histórico, social* o (por utilizar un término que aparecerá en el capítulo 2, en relación con el trabajo de Robert Brenner) *político*<sup>58</sup>, dado su énfasis en las formas históricas y determinadas de la lucha de clases.

---

<sup>57</sup> Así, estoy básicamente de acuerdo con la “postura” puesta de manifiesto en *History Workshop* de Keith McClelland y Gavin Williams en “Comments” diferentes bajo el título general de “Towards a Socialist History”, 7 (Primavera 1979), pp. 101-25. También E. P. Thompson ha comentado que considera la idea de una ruptura “positivamente inútil” y que desde Dobb hasta el mismo y los demás hay una “tradición *común* de historiografía marxista”. (“The Poverty of Theory”, en *The Poverty of Theory*, Londres, Merlin Press, 1978, p. 168). Además, cf. el debate entre Richard Jonson, Stuart Hall y E. P. Thompson en R. Samuel (ed.), *People’s History and Socialist Theory*, pp. 375-408.

<sup>58</sup> Para el desarrollo del “marxismo político” con especial mención a la obra de Brenner, cf. el ensayo de Ellen Meiksins Word, “The Separation of the Economic and Political in Capitalism”, en *New Left Review* 127 (Mayo-Junio 1981), pp. 66-95.

## 7. LA CONTRIBUCION COLECTIVA

No es fácil decir que acepción de historia domina ahora. “Historiador” mantiene con precisión su significado original. “Histórico” se refiere básica pero no exclusivamente a la idea de pasado, aunque “histórico” también es utilizado con frecuencia incluyendo un sentido de proceso o destino. El término “historia” encierra toda la gama, e incluso, en manos de algunos, nos enseña o nos muestra todo tipo de pasado cognoscible y prácticamente todo tipo de futuro imaginable.

Raymond Williams. *KeyWords*<sup>59</sup>

Como hemos visto en los capítulos precedentes, Dobb, Hilton, Hill, Hobsbawm and Thompson han hecho todas extraordinarias aportaciones a sus respectivas áreas de estudio histórico. Además existe su contribución colectiva. He defendido que su obra, considerada como un todo, representa una tradición teórica que trata de reconstruir la teoría y los estudios históricos por medio de lo que yo denomino “análisis de la lucha de clases” y la perspectiva de la “historia de abajo arriba”. También, con referencia particular al pensamiento marxista, su obra representa un esfuerzo por superar el modelo base-superestructura de la totalidad social y su tendencia inherente al determinismo económico al desarrollar el marxismo o materialismo histórico como teoría de la determinación de clases.

Este capítulo final se centrará en su contribución colectiva. Debatiré su perspectiva de la historia de abajo hacia arriba y más tarde la teoría de la determinación de clases. Finalmente el capítulo concluirá con una ojeada al tema de la historia, la conciencia histórica, la política y la contribución de los historiadores marxistas británicos a todo ello.

### Historia de abajo arriba

Pienso que la historia debe gustarte, como me gustaba cuando tenía tu edad, porque trata con hombres vivos, y todo lo que concierne a los hombres, a tantos hombres como sea posible, a todos los hombres del mundo en tanto en cuanto forman una sociedad y trabajan y luchan y apuestan por una vida mejor, todo esto tiene que gustarte más que nada. ¿No es así?

*Antonio Gramsci en una carta a su hijo*<sup>60</sup>

Para poder apreciar adecuadamente la perspectiva de los historiadores marxistas británicos debemos considerarla en relación con otros modos de prosa histórica crítica y, en particular, con otras aproximaciones a la historia desde abajo. En primer lugar es necesario aclarar lo que quiero decir con prosa histórica *crítica*. Barrington Moore Jr. ha escrito que los historiadores y los científicos sociales confunden, con demasiada frecuencia, objetividad y neutralidad. Esto es, no logran distinguir entre la actividad investigadora, en la que la objetividad (es decir, la voluntad para descubrir el propio error) es esencial para el examen intelectual honesto, y el impacto de la investigación, donde la neutralidad (la imparcialidad) debe ser necesariamente una ilusión para cualquier estudio significativo. La neutralidad es imposible, afirma, porque, dadas las estructuras de las sociedades históricas y

<sup>59</sup> R. William, *Keywords, A Vocabulary of Culture and Society*, Nueva York, Oxford University Press, 1976, p. 120.

<sup>60</sup> Gramsci escribió la carta poco antes de su muerte en 1937, todavía prisionero del fascismo italiano durante más de diez años. Para las cartas de Gramsci desde la prisión, cf. el número especial de *New Edinburgh Review* (1974), o el más accesible *Letters from Prison*, traducido y presentado por Lynne Lawner, Nueva York, Harper and Row, 1973.

contemporáneas, cualquier verdad simple y directa sobre las instituciones y los sucesos políticos está condenada a tener consecuencias políticas y a perjudicar a algún grupo de intereses. Es más, ya que “en toda sociedad los grupos dominantes son los que más tienen que esconder acerca de cómo funciona la sociedad... los verdaderos análisis están condenados a tener un cerco crítico, a aparecer como manifestaciones en vez de afirmaciones objetivas, como se usa el término convencionalmente”. Por lo tanto, para aumentar la objetividad y escribir historia crítica, hace la siguiente recomendación: “para todos los estudiosos de la sociedad humana, la simpatía por las víctimas del proceso histórico y el escepticismo respecto a las demandas de los triunfadores proporcionan salvaguardas esenciales para no ser engañados por la mitología dominante. Un estudioso que trata de ser objetivo necesita esos sentimientos como parte de su bagaje ordinario”<sup>61</sup>.

La recomendación de Moore es, desde luego, un hábito de la mente necesario para el historiador o el científico social que desea llevar a cabo unos estudios de abajo arriba, pero no se ha limitado a tales especialistas. Por ejemplo otro modo de hacer historia crítica y estudios sociales, caracterizado por la simpatía hacia las víctimas y el escepticismo hacia las demandas de los triunfadores, es lo que podría llamarse “estudios de las estructuras del poder”. Especialmente de carácter americano, estos estudios están realizados por historiadores y científicos sociales, y sobresalen por llamar la atención sobre o revelar las prácticas de dominación y explotación contemporáneas e históricas. En general, los estudios de la estructura del poder incluyen obras como *The Power Elite* de C Wright Mills, *Captains of Consciousness* de Stuart Ewen y *Labour and Monopoly Capital* de Harry Braverman<sup>62</sup>. Un buen ejemplo británico es *The State in Capitalism Society* de Ralph Miliband<sup>63</sup>. El problema es que con frecuencia los estudios son una mera versión radical del clásico modelo masa-elite de la estructura, el orden y el cambio social, en el que las elites se consideran activas y la masa inerte. Esto es, tales estudios tienden a reproducir la concepción característica del proceso histórico de la historia desde arriba, en el que, la historia se ve como el producto de las acciones de las elites o clases gobernantes, aunque en este caso las acciones de las elites se entienden como realizadas “sobre” o “contra” los intereses de las masas o las clases mas bajas.

La historia desde abajo representa una alternativa por cuanto aleja la atención de las elites o clases dirigentes, centrándose en las vidas, actividades y experiencias de las masas, o la gente. Sin embargo, la historia desde abajo es en realidad un término genérico que incluye diversas aproximaciones, de las que la de los historiadores marxistas británicos, es sólo una. Entre todas ellas sobresalen las que se han desarrollado como parte de la tradición francesa de *Annales*. Debemos citar en particular la historia de las “mentalidades” que se originó en los escritos de Marc Bloch y Lucien Febvre (influidos asimismo por la sociología francesa<sup>64</sup>) y la historia “materialista” que tiene sus orígenes especialmente, en el trabajo de Fernand Braudel<sup>65</sup>.

En su empeño por desarrollar una alternativa a la historia política estricta, que ellos denominan la “historia de los hechos” (*histoire événementielle*), Bloch and Febvre dan cabida al posible desarrollo de una historia desde abajo (aunque ellos no la desarrollaran

---

<sup>61</sup> Barrington Moore Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon Press, 1966, pp. 524-28.

<sup>62</sup> Cf. Wright Mills, *The Power Elite*, Oxford, Oxford University Press, 1956; E. Ewen, *Captains of Consciousness*, Nueva York, McGraw Hill, 1976; y H. Braverman, *Labour and Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974.

<sup>63</sup> R. Miliband, *The State in Capitalism Society*, Londres, Oaarteth Books, 1973.

<sup>64</sup> Cf. André Burguiere, “The bate of the History of *Mentalites* in the *Annales*”, *Comparative Studies in Society and History*, 24 (Julio 1982), pp. 424-37.

<sup>65</sup> Para *Annales*, cf. T. Stojanovich, *French Historical Method: The Annales Paradigm*, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1976, con un prefacio de Braudel. También, cf. el excelente debate de “The Annales tradition”, de George Iggers, en su *New Directions in European Historiography*, Middletown Ct, Wesleyan University Press, 1975, pp. 43-79; y Alastan Davidson, “Historical Method and the Social Sciences, A Critique of the Annales Historiography”, *Theists Eleven*, 2 (1981), pp. 62-78.



propriadamente) por medio del concepto de “mentalidad” (mentalité), que se define tanto como “visión del mundo” como por “un modo de pensamiento”. Esto es, permiten dicho desarrollo proporcionando un concepto que pueda aplicarse a las experiencias y pensamientos de los que están fuera de las clases dirigentes. Han existido problemas, sin embargo. Desde el principio ha habido una tendencia entre los historiadores de los *Annales* a concebir la historia de las mentalidades como historia psicológica, o psicología histórica, y así centrarse sobre los elementos “inertes, oscuros e inconscientes en una determinada visión del mundo”<sup>66</sup>. Esto se debe en gran parte, sin duda, a sus énfasis en la *long durée* (en contraste con los hechos) y sus análisis estructuralistas (en contraste con acción y voluntad). Como señala Peter Burke: “Los historiadores de las mentalidades se preocupan por cambios a largo plazo, ya que las sociedades no tienen prisa en cambiar sus modos de pensar”<sup>67</sup>. El problema es que tal concepción de mentalidad no sólo (equivocadamente) excluye los sucesos, sino que descuida, o elimina, la conciencia, la acción y la dimensión política de las relaciones humanas- lo cual difícilmente puede ser una base además para la historia desde abajo.

Otro problema relacionado es que las mentalidades, a las que generalmente se alude como “mentalidades colectivas”, se tratan con frecuencia sin referencia adecuada a las estructuras sociales, y más específicamente, a las de clase. Se presentan con frecuencia como si fueran compartidas o comunes a toda la gente de los órdenes sociales dados y como si fueran independientes de la clase. Esto se indica con el término de los *Annales*, “civilizaciones”<sup>68</sup> que, en 1946, se sumó al título original de la revista (1929), aunque no se puede aplicar a todos los historiadores de *Annales*. Además, y perceptible desde el mismo Febvre, hay una tendencia derivada al tratar con el concepto (menos “total”) de cultura, a igualar la “cultura compuesta sobre las clases populares” (el pueblo llano) con la “cultura popular”, y de esta manera ignorar la “cultura producida por las propias clases populares”<sup>69</sup>.

En el trabajo de Braudel las experiencias de los campesinos y otros grupos de trabajadores son con frecuencia las actividades humanas más importantes. Como los Genovese comentan, alabando su obra maestra, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*<sup>70</sup>: “El olor a lavanda, el brillo de las olivas, el movimiento laborioso de los bueyes, los gestos de hombres y mujeres ligados al suelo que se agachan, siembran y siegan con la guadaña, armonizan con la evocación de su entorno total”. El problema es que en el espacio del “entorno total” y en el tiempo de la *longe durée*, la experiencia y la acción humanas quedan muy reducidas. Así, como los Genovese defienden más adelante:

La gran obra antimarxista de Braudel, con su interpretación estructural y sus predilecciones antropológicas, ecológicas y arqueológicas, niega implícitamente el propio proceso histórico y distorsiona la dimensión temporal. La preocupación tradicional de los historiadores, que desplazó la narrativa política, figura en su obra casi como accidente o consecuencia. Este tratamiento no solo minimiza la dimensión humana o política del cambio a lo largo del tiempo, sino que también- y de manera más perniciosa para la historia social- niega la importancia de las

<sup>66</sup> Carlo Ginzburg, *The Cheese and the Worms*, Harmondsworth, Penguin, 1982, p. xxiii.

<sup>67</sup> P. Burke, *Sociology and History*, Londres, George Allen and Unwin, 1980, p. 75. También, Lucien Febvre, *A New Kind of History and Other Essays*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1973, especialmente “History and Psychology” y “Sensibility and History”, pp. 1-26. Y Michelle Vovelle, “Ideologies and Mentalities”, en Raphael Samuel and Gareth Stedman Jones (eds.), *Culture, Ideology and Politics: Essays for Eric Hobsbawm*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983, pp. 2-11.

<sup>68</sup> Sobre “civilización” cf. L. Febvre, “Civilization: evolution of a word and group of ideas” en su *A New Kind of History and Other essays*, pp. 219-57, y F. Braudel, “The History of Civilizations”, en su *On History*, Chicago, University of Chicago Press, 1980, p. 177-218.

<sup>69</sup> C. Ginzburg, *The Cheese and the Worms*, pp. xxii-xxiv, xiv-xvi. En cuanto al último problema, Ginzburg se refería al trabajo de Robert Mandrou en particular.

<sup>70</sup> F. Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, Nueva York, Harper and Row, 1973.

relaciones de producción, de autoridad y explotación, dentro de un momento histórico dado<sup>71</sup>

Desde esta aproximación a la historia hay poca distancia para viajar hacia la posición de otro de los historiadores de *Annales*, Francois Furet, que insiste en que la “reintegración de las clases subordinadas a la historia general sólo puede ser realizada a través del “número y el anonimato”, por medio de la demografía y la sociología, “el estudio cuantitativo de las sociedades pasadas”. Todo esto lleva al historiador italiano, Carlo Ginzburg (él mismo influido por las tradiciones tanto de los *Annales* como por los historiadores marxistas británicos) a comentar: “Aunque las clases más bajas ya no son ignoradas por los historiadores, parecen estar condenadas, sin embargo, a permanecer calladas”<sup>72</sup>.

Dichas críticas no deben ser mal interpretadas, porque ni niegan las contribuciones de los historiadores de *Annales* a los estudios históricos ni el desarrollo de la historia desde abajo. La historia de las mentalidades ha dado lugar en la historia del pensamiento a una de las alternativas a la versión elitista de la historia de las ideas, y el determinismo geográfico ambiental de Braudel debe ser considerado en serio por los teóricos sociales que han sido no solo ahistóricos sino también “aespaciales” en su pensamiento<sup>73</sup>, y reconsiderado por los marxistas y otros que con frecuencia han alejado demasiado sus teorías del mundo físico y natural<sup>74</sup>. También, y no sin problemas, las historias demográficas y cuantitativas han contribuido definitivamente a nuestro conocimiento de la vida cotidiana de las masas<sup>75</sup>. Es más, como hace notar Raphael Samuel, “a consecuencia de la revuelta estudiantil de 1968”, ha habido “una evolución en la escuela de *Annales* desde “una historia sin gente”- una historia construida sobre determinantes impersonales como el clima, el suelo, y ciclos seculares de cambio- a [una] clase de etnohistoria que trata de la experiencia individual en un tiempo y lugar concreto”<sup>76</sup>. En particular, piensa en la obra de Emmanuel Le Roy Ladurie. Esto es porque, mientras el primer libro de Le Roy Ladurie, *The Peasants of Languedoc*<sup>77</sup>, ponía énfasis en el ambiente, el clima, la demografía, y el análisis cuantitativo<sup>78</sup> (aunque sin interés en las luchas políticas y sociales), su trabajo más reciente, *Montaillou y Carnival in Romans*<sup>79</sup>, realmente se centra en acontecimientos sociales y políticos.

Sobre el tema de los historiadores franceses no podemos evitar mencionar los dos grandes especialistas que escribieron sobre la revolución francesa, George Lefebvre y Albert Soboul (el primero influido por el marxismo, el segundo, marxista). Trabajando lejos de la tradición de *Annales*, escribieron historias excepcionales desde la perspectiva de abajo

---

<sup>71</sup> Elizabeth Fox-Genovese and Eugene Genovese, *The Fruits of merchant Capital*, Oxford, Oxford University Press, 1983, pp. 187-8. Para un amplio debate del logro de Braudel cf. Samuel Kinser, “Annaliste Paradigm: The Geohistorical Structuralism of Fernand Braudel”, *American Historical Review*, 86 (Febrero 1981), pp. 63-110, también Gregor McLennan, “Braudel and the Annales paradigm”, en su *Marxism and the Methodologies of History*, Londres, New Left Books, 1981, pp. 129-44.

<sup>72</sup> C. Ginzburg, *The Cheese and the Worms*, p. xx.

<sup>73</sup> Deben tenerse en cuenta los esfuerzos de Anthony Giddens por reintegrar el tiempo y el espacio en el pensamiento social, *Central Problems in Social Theory*, Londres, Macmillan, 1979.

<sup>74</sup> Cf. G. McLennan, *Marxism and the Methodologies of History*, pp. 136-44. Sobre el problema del materialismo y el marxismo, cf. Sebastiano Timpanaro, *On Materialism*, Londres, New Left Books, 1975.

<sup>75</sup> Cf. los comentarios de los Genovese en *Fruits of merchant Capital*, pp. 194-6; y Tony Judt, “A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians”, *History Workshop*, 7 (Primavera, 1979), en especial pp. 74-80.

<sup>76</sup> R. Samuel, “People’ History”, en el volumen por él editado, *People’ History and Socialist Theory*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1981, p. xvi.

<sup>77</sup> E. Le Roy Ladurie, *The Peasants of Languedoc*. Originalmente 1966. En inglés, Champaign, Ill, University of Illinois Press, 1974. Esta obra fue, por supuesto, objeto de la crítica de Robert Brenner. Cf. capítulo 2.

<sup>78</sup> Cf. Los dos volúmenes de ensayos de Ladurie donde apoya su trabajo decididamente: *The Territory of the Historian*, Londres, Harvester Press, 1979 y *The Mind and Method of the Historian*, Londres, Harvester Press, 1981.

<sup>79</sup> E. Le Roy Ladurie, *Montaillou*, Harmondsworth, Penguin, 1980; y *Carnival of Romans*, Harmondsworth, Penguin, 1981. También sobre la recepción de la escuela de *Anales* en Gran Bretaña, cf. Peter Burke, “Reflections on the Historical Revolution in France: The Annales School and British Social History”, y E. J. Hobsbawm, “Comments”, en *Review*, 4 (Invierno/Primavera 1978), pp. 147-65.

arriba: Lefebvre publicó libros como *Les Paysans du Nord* y *The Great Fear of 1789*<sup>80</sup>, y Soboul *The Parisian Sans-Culottes and de French Revolution, 1787-1799*<sup>81</sup>. Además, Lefebvre influyó directamente sobre los historiadores marxistas británicos a través de los estudios de la “multitud revolucionaria” de Rudé (de hecho, fue Lefebvre quien acuñó originariamente el término de “historia desde abajo”).

Hay otras dos aproximaciones que vale la pena mencionar por los contrastes que ofrecen con la de los historiadores marxistas británicos. La primera es característica de los historiadores de la modernización, a quien ya me he referido en relación con la obra de Hobsbawm. De nuevo debemos notar que, al prestar atención a las vidas y experiencias cotidianas de las gentes del pasado, los historiadores de la modernización han contribuido a llevar los estudios históricos más allá de las acciones de las élites. Sin embargo, su concepción del proceso histórico ignora la dimensión política. Esto es, la teoría de la modernización- de manera similar a la tradición de *Annales*- pone el énfasis en el largo plazo y aunque se centra en procesos de cambio (urbanización), reduce las acciones y las experiencias de la gente trabajadora al proceso de adaptación, o la falta de adaptación, a las transformaciones inexorables implicadas por la “modernización”. El resultado, como comenta Tony Judt, es que la historiografía de la modernización “niega a la gentes del pasado su identidad política e ideológica”<sup>82</sup>. Así los historiadores de la modernización, aunque se preocupan por las “clases bajas”, no logran escribir “historia crítica” (tal como la hemos definido siguiendo a Barrington Moore).

La otra aproximación que vale la pena mencionar aquí es la llamada por algunos “radical” (y “liberal de izquierdas” por los Genovese) pero que podría mejor denominarse “populista-radical”. En este caso, los historiadores presentan las vidas, las experiencias y las luchas de las clases bajas y de los oprimidos como si generalmente no solo hubieran podido soportar la opresión, sino también crear milagrosamente una “cultura autónoma” oponiéndose con éxito a los valores y aspiraciones de sus opresores. Tales historiadores tienden a ver *únicamente* oposición y lucha y, así, prestar atención de forma inadecuada a las duras realidades de acomodación e incorporación en las experiencias y prácticas culturales de las clases bajas. Los Genovese defienden que esto proporciona (en los estudios sobre la esclavitud y la historia de la clase obrera) la pervivencia de un “carácter paternalista... por mucho que esté revestido de retórica radical”. Mantienen que ello sucede, porque estos historiadores se centran en las experiencias privadas de las clases subordinadas, es decir, “las que no están defendidas por las clases dirigentes”, en detrimento de las “experiencias públicas”. Así, aunque reconocen la dimensión política de las prácticas culturales, se trata de un entendimiento unilateral de lo político<sup>83</sup>. Con frecuencia, esta versión de la historia se convierte en historia *de abajo*, en oposición a la historia desde *abajo arriba*. Piensan en historiadores como el americano Herbert Gutman. Las aportaciones de los estudios de Gutman sobre los esclavos afro-americanos y los trabajadores americanos negros y blancos, que han sido tan importantes en el desarrollo de una nueva historia social y de la clase obrera en los Estados Unidos, han estado, sin embargo, limitados por su aparente adhesión a la teoría de la modernización y por una clara tendencia a desestimar la “dialéctica” de las confrontaciones clasistas<sup>84</sup>.

---

<sup>80</sup> *Les Paysans du Nord*, escrito en 1924. *The Great Fear of 1789*, escrito en 1932, está publicado en Londres, New Left Books, 1973.

<sup>81</sup> A. Soboul, *The Parisian Sans-Culottes and de French Revolution, 1793-4*, Oxford, Oxford University Press, 1974, y *The French Revolution, 1787-1799*, Londres, New Left Books, 1974.

<sup>82</sup> T. Judt, “A Clown in Regal People”, p. 68. Para una especie de respuesta a Tony Judt y otros críticos, cf. el “Special Essue on Social History”, *Theory and Society*, 9 (Septiembre 1980), pp. 667-720, que incluye contribuciones de Louise y Charles Tilly y Edward Shorter.

<sup>83</sup> E. Fox-Genovese y E. Genovese, *The Fruits of merchant Capital*, pp. 196-203. También sobre estos problemas cf. Stuart Hall, “Marxism and Culture”, *Radical History Review*, 18 (Otoño 1978), pp. 5-14.

<sup>84</sup> Cf. E. Genovese, “Solidarity and Servitude”, *Times Literary Supplement*, 25 de Febrero 1877. Para ejemplos de la obra de Gutman, cf. su obra *Culture and Society in Industrializing America*, Nueva York, Vintage Books,

Entonces, ¿qué pasa con la propia aproximación a la historia de los historiadores marxistas británicos? Como hemos visto, no estudian la experiencia de los campesinos y de la clase trabajadora por separado sino, más bien, desarrollan sus estudios históricos consistentemente en el contexto de las relaciones y las confrontaciones de clases históricamente específicas, esto es, una historia desde la perspectiva de abajo arriba. De esta manera, al mismo tiempo que amplían la concepción de la experiencia de clase en los estudios históricos, los historiadores marxistas británicos nunca pierden de vista la dimensión política esencial de esa experiencia. Esto es, las relaciones de clase son “políticas” en cuanto que siempre suponen dominación y subordinación, lucha y acomodación. De esta manera, de nuevo la adscripción de “culturalismo” al trabajo de los historiadores marxistas británicos parece inapropiada e inadecuada. Además, su aproximación no impide prestar cuidadosa atención a las elites y a las clases dirigentes, como se pone en manifiesto, por ejemplo, en *A Medieval Society* de Hilton<sup>85</sup>, *Economic Problems of The Church*<sup>86</sup> de Hill, *The Age of Capital* de Hobsbawm<sup>87</sup>, y *Whigs and Hunters* de Thompson<sup>88</sup>. De hecho, señala Hobsbawm: “Lo que me gustaría hacer no es simplemente... salvar al calcetero y al campesino, sino también al noble y al rey del pasado, de la condescendencia de los historiadores modernos que piensan que saben más”<sup>89</sup> (¡Pero debe recordarse que esta afirmación llega después de años de esfuerzo por “rescatar” al campesino y al obrero de los estudios históricos!). Por lo tanto los historiadores marxistas británicos no estarían en desacuerdo con la demanda de la “historia desde arriba” de Perry Anderson- como estudio de la “intrincada maquinaria de la dominación de clases”- pero tal historia tendría que otorgar el peso debido a las luchas de clases y a los levantamientos forjados por las propias clases bajas, y la manera en la que las luchas de clases, a su vez, dan forma o afectan a la maquinaria de la dominación.

Los historiadores marxistas británicos no solo insisten en la importancia para los estudios históricos del estudio de las experiencias de las clases bajas, también insisten en que las clases bajas han sido participantes activos en la formación de la historia, más que meras víctimas pasivas. Es más, demuestran que tales luchas y movimientos han sido significativos para la totalidad del desarrollo histórico, es decir, para los valores y las ideas y para la economía política, y que, por lo tanto, han contribuido también a las experiencias y las luchas de las generaciones posteriores. Hobsbawm describe muy bien su intención y la de sus compañeros historiadores cuando dice: “Me gustaría devolver a los hombres del pasado y especialmente a los pobres del pasado, el don de la teoría. Como el héroe de Moliere, ellos han estado hablando prosa todo el tiempo. Sólo que, mientras el hombre de Moliere no lo sabía, pienso que ellos siempre lo supieron, aunque nosotros no. Y pienso que deberíamos saberlo”<sup>90</sup>. Es con la intención de “devolver el don de la teoría a las gentes del pasado” y también por entender la lucha de clases como un todo, por lo que los historiadores marxistas británicos han adoptado selectivamente algunos de los métodos y “sensibilidades” de los sociólogos y, especialmente, de los antropólogos.

Un último tema para considerar en relación con la perspectiva de los historiadores marxistas británicos está relacionado con su gran énfasis sobre la oposición y la rebelión. Es verdad que, no tratan de forma adecuada las prácticas más conservadoras y reaccionarias y

---

1977; y *The Black Family on Slavery and Freedom, 1750-1925*, Nueva York, Vintage Books, 1977. Para un debate crítico de la historia de la clase obrera de Gutman, cf. David Montgomery, “Gutman’s Nineteenth Century America”, *Labour History*, 19 (Verano 1978), pp. 416-29.

<sup>85</sup> R. Hilton, *A medieval Society*, Cambridge, Cambridge University press, 1983. Originariamente 1966.

<sup>86</sup> C. Hill, *Economic Problems of The Church: From Archbishop Whight to the Tory Parliament*, Oxford, Oxford University Press, 1956.

<sup>87</sup> E. Hobsbawm, *The Age of Capital*, Londres, Sphere Books, 1977.

<sup>88</sup> E. P. Thompson, *Whigs and Hunters*, Harmondsworth, Penguin, 1977.

<sup>89</sup> E. Hobsbawm, “Comments”, p. 162.

<sup>90</sup> *Ibid.*

las acciones políticas y sociales de las clases bajas<sup>91</sup>. Sin embargo, debe recordarse que comenzaron a escribir para oponerse al paradigma imperante en los estudios históricos y sociales, que asumía no sólo que el orden social significaba la ausencia de conflicto social, en la forma de rebelión y oposición, sino que también indicaba aceptación de la normativa<sup>92</sup>, lograda por un proceso de consenso o de dominación total. Al mismo tiempo, aunque subrayan en sus escritos las luchas de las clases bajas, son conscientes y realistas acerca de las limitaciones (a veces frecuentes) de estas luchas, y acerca de las limitaciones de los modos de acomodación e incorporación de las clases bajas. Pero no reducen la oposición de los campesinos y de los trabajadores del pasado (y el presente) a mera historia apolítica, desviación o actividad criminal.

Como ya he señalado antes, los historiadores marxistas británicos no fueron los primeros en escribir lo que Raphael Samuel ha llamado “historia popular” ni, como acabamos de ver, los únicos historiadores que han tratado de desarrollar la historia desde abajo. Sin embargo como he intentado demostrar, son los que mejor representan lo que Walter Benjamín pensaba cuando escribía: “Sólo tendrá el don de encender la chispa de la esperanza en el pasado el historiador que esté firmemente convencido de que ni siquiera *los muertos* estarán a salvo del enemigo [la clase dirigente] si él gana. Y el enemigo no ha cesado de ser victorioso”<sup>93</sup>. La perspectiva de los historiadores marxistas británicos ha dado forma a los escritos de toda una generación de historiadores más jóvenes. Aunque no hay espacio para revisar todos los testimonios sobre ello, debo mencionar, en primer lugar, la revista- y el movimiento de que forma parte- *History Workshop* (su subtítulo señala que es una “revista de historiadores socialistas y feministas”). Originado en los sesenta en Ruskin College<sup>94</sup>, este movimiento trata de integrar la tradición y la perspectiva de los historiadores marxistas británicos con la tradición de los historiadores-obreros en el movimiento obrero<sup>95</sup>. Raphael Samuel, la figura principal en *History Workshop*, escribe sobre la influencia de los historiadores marxistas británicos: “Crecimos a la sombra de superiores respetables- Hill, Hobsbwan y Thompson en particular”<sup>96</sup>. Samuel fue uno de los miembros más jóvenes del grupo de historiadores del Partido Comunista con anterioridad a 1956 y por lo tanto el eslabón entre Dobb, los otros historiadores y el movimiento del *History Workshop* es directo<sup>97</sup>.

La influencia de los historiadores marxistas británicos puede verse especialmente en el énfasis que puso el movimiento sobre la oposición popular, que se desarrolla todavía más como resultado de su compromiso con la historia socialista y feminista. Otros dos historiadores relacionados con el *History Workshop* que continúan los esfuerzos inaugurados por Hilton y otros son Sheila Rowbotham<sup>98</sup> y Gareth Stedman Jones<sup>99</sup>.

---

<sup>91</sup> Los comentarios del mismo Thompson en la agenda a *The Making of the English Working Class* de 1968, Harmondsworth, Penguin, ed. de 1968, pp. 916-17; y en *The World Turned Upside Down* de Hill, Harmondsworth, Penguin, 1975, por ejemplo p. 364.

<sup>92</sup> Con “aceptación de la normativa” me refiero a la situación en la que uno acepta no sólo por falta de alternativa sino porque de verdad cree que las cosas están como deberían estar. Sobre ello, cf. Michael Mann, “The Social Cohesion of Liberal Democracy”, *American Sociological Review*, 35 (Junio 1970), pp. 423-39.

<sup>93</sup> W. Benjamin, “Theses in the Philosophy of History”, en sus *Illuminations*, Nueva York, Harcourt Brace, 1969, p. 255.

<sup>94</sup> Por entonces se estableció en Oxford un *Centre for Social History*.

<sup>95</sup> Cf. el ensayo colectivo de los estudiantes del Ruskin History workshop, “Worker Historians in the 1920s”, en R. Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, pp. 15-20.

<sup>96</sup> R. Samuel, “History Workshop, 1966-80”, en R. Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, p. 414.

<sup>97</sup> Samuel ha escrito muchos ensayos y artículos. Cf. la revista y “History Workshop Series”, Londres, Routledge and Kegan Paul, para ejemplos de su obra, en especial *East End underworld: Chapters in the Life of Arthur Harding*, 1980.

<sup>98</sup> Cf. entre otras obras S. Rowbotham, *Hidden from History*, Londres, Pluto Press, 1973; y *Women Resistance and Revolution*, Harmondsworth, Penguin, 1972.

<sup>99</sup> G. S. Jones, *Outcast London*, Harmondsworth, Penguin, 1976; y *Languages of Class*, Cambridge University Press, 1983.

En los Estados Unidos, la influencia de los historiadores marxistas británicos se puede ver, como en Gran Bretaña, a través de los escritos de la historia social, pero en especial en los historiadores que trabajan con y/o contribuyen a la revista *Radical History Review*. En concreto se puede mencionar a historiadores como Alan Dawley<sup>100</sup>, Sean Wilentz<sup>101</sup>, William Sewell Jr.<sup>102</sup> y Steven Stern<sup>103</sup>. Por supuesto, están los ya mencionados predecesores, Eugene Genovese y Herbert Gutman, y David Montgomery, que se dedica al estudio de la clase trabajadora americana del siglo diecinueve al veinte<sup>104</sup>.

La contribución colectiva de los historiadores marxistas británicos no sólo ha influido la manera de escribir historia, como correctivo a la historia escrita desde la perspectiva de las élites o clases dirigentes, sino que también ha supuesto un reto a la concepción del proceso histórico que acompaña a la historia desde arriba. Como comenta Stuart Hall, tiene consecuencias políticas cruciales: "Puede restaurar un sentido de acción, un sentido de actividad, un sentido de capacidades de la clase trabajadora y de los oprimidos"<sup>105</sup>. Por supuesto, discutir la concepción del proceso histórico es discutir la teoría histórica, y aunque E. P. Thompson insiste en que sus estudios históricos no les ha llevado a encontrar una "teoría mejor (el materialismo histórico como un nuevo y cerrado *ismo*)"<sup>106</sup>, sin embargo, sus estudios históricos tienen consecuencias teóricas. Quizá sería exagerado afirmar que su contribución teórica es "proporcionar una teoría" pero, al menos su trabajo desarrolla el marxismo, o materialismo histórico, como una teoría de la determinación de clases.

### La teoría de la determinación de clases

Además de la contribución colectiva, los historiadores marxistas británicos, como ya hemos visto, han hecho una contribución importante al concepto de clase. E. P. Thompson ha dicho de lo que cree ser su logro: "Hemos ampliado el concepto de clase, que los historiadores en la tradición marxista comúnmente emplean- deliberadamente y no exentos de cierta "inocencia" teórica- con una flexibilidad e indeterminación no permitida por el marxismo ni por la sociología ortodoxa"<sup>107</sup>.

Consideremos su "ampliación". Han desplazado el estudio de la experiencia de clases desde el análisis de clases hasta el análisis de la lucha de clases, mayormente como resultado de su reconocimiento de la experiencia de las clases bajas como proceso activo, aunque estructurado. Esto ha contrastado con la práctica sociológica existente. Los estudios de estratificación social durante bastante tiempo fueron caracterizados por análisis de clases estáticos y ahistóricos. Los sociólogos, hasta hace poco, no realizaron estudios históricos (esto es, estudios del pasado). Es más, su tratamiento de las clases como "estratos estadísticos simples (o complejos) y jerárquicamente organizados"<sup>108</sup>, ignoraban las relaciones *temporales y sociales*. En los últimos años éste se ha convertido en un tema

<sup>100</sup> Cf. A. Dawley, *Class and Community: The Industrial Revolution in Lynn*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1976.

<sup>101</sup> Cf. S. S. Wilentz, *Chants Democratic: New York City and the Rise of the American Working Class (1790-1865)*, Nueva York, Oxford University Press, 1984.

<sup>102</sup> Cf. W. Sewell Jr., *Work and Revolution in France*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

<sup>103</sup> Cf. S. Stern, *Petit's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest*, Madison, Wi, University of Wisconsin Press, 1982.

<sup>104</sup> D. Montgomery, *Workers' Control in America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

<sup>105</sup> S. hall, "Marxism and Culture", p. 9. Debe tenerse en cuenta que Hall añade que "los que se benefician de estas lecciones sobre la capacidad de resistencia se encuentran más frecuentemente entre la clase media que entre la propia clase obrera".

<sup>106</sup> E. P. Thompson, "The Poverty of Theory", en su *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres, Merlin Press, 1978, p. 170.

<sup>107</sup> Ibid. También sobre este tema, cf. R. S. Neale, *Class in English History 1680-1850*, Oxford, Basil Blackwell, 1981.

<sup>108</sup> Rodolfo Stavenhagen, *Social Classes in Agrarian Societies*, Garden City, NY, Anchor Books, 1975, p. 22. Stavenhagen hace una crítica breve pero excelente de los estudios de la estratificación (pp. 19-39), aunque su debate sobre la alternativa marxista es desigual.

destacado de la teoría social, aunque fue en 1956 cuando, en “Peculiarities of the English”, Thompson escribió (como había hecho previamente en el prefacio a *The Making of the English Working Class*):

La clase es una formación social y cultural (con frecuencia encuentra expresión institucional) que no puede ser definida en abstracto o aisladamente, sino únicamente en términos de las relaciones con las otras clases; y finalmente la definición sólo se puede hacer tomando el tiempo como medio- esto es, acción y reacción, cambio y conflicto... la clase en sí no es una cosa, es un suceso<sup>109</sup>.

Como Thompson también reconoce claramente, tampoco la construcción de versiones estáticas y ahistóricas de clase han sido raras en los estudios marxistas. Con frecuencia, los marxistas han estado “más interesados en las *posiciones* de las clases abstractamente definidas que en las fracturas sociales cualitativas expresadas en la dinámica de las relaciones y los conflictos de clase”<sup>110</sup>. Ello es particularmente cierto, como afirma David Stark, entre los marxistas estructuralistas que hacen análisis de clases a nivel de modo de producción y consideran que su tarea es la formulación rigurosa de esquemas de clasificación más sofisticados. Así, pues, lo que sucede con frecuencia es que “el debate sobre las clases se convierte en una batalla de la clasificación- en muchos casos una revisión de la topografía de las fronteras de las clases más que un estudio de los procesos de la formación de clases y las batallas históricas reales que producen las siempre cambiantes líneas de demarcación”<sup>111</sup>.

Los historiadores marxistas británicos examinan las clases como relaciones y procesos históricos. Implícito en su trabajo, y en ocasiones explícitamente manifestado, de manera más contundente quizás en el ensayo de Thompson, “Eighteenth-century English Society: class struggle without class?”<sup>112</sup>, aparece la prioridad analítica e histórica dada a la lucha de clases, a partir de la cual, en circunstancias históricas específicas, la clase- en sentido pleno- ha surgido a sea ha “hecho”. Sin embargo, no niegan la existencia de clase en ausencia de conciencia de clase. De hecho, como hemos visto, sus escritos son importantes por testimoniar el efecto de las relaciones y las luchas de clase, incluso en ausencia de la conciencia de clase (esto es, clase en sentido pleno). Sin embargo, existe una realidad histórica diferente cuando la formación de clase se desarrolla a partir de la lucha de clases, implicando una conciencia de clase elaborada. (Seguramente esto es una propuesta que ningún marxista rechazaría). Thompson ha descrito esto como una situación histórica en la que la clase está “presente en la misma evidencia”, en oposición a esas situaciones en las que la clase se usa como “categoría analítica para organizar la evidencia histórica lo cual tiene una correspondencia mucho menos directa”<sup>113</sup>. Al mismo tiempo, como comenta Raymond Williams, cada vez es más necesario distinguir entre esos momentos o modos de lucha de clase que se caracterizan por la conciencia de clase, y los que suponen un menor grado de conciencia de clase (la distinción entre el conflicto de clase, la lucha de clases, y la guerra de clases)<sup>114</sup>.

<sup>109</sup> E. P. Thompson, “Peculiarities of the English”, en *The Poverty of Theory and Other essays*, p. 295. También citado en Philip Abrams, *Historical Sociology*, Somerset, Open Books, 1982, p. xii. Abrams hace del tiempo el tema central de su trabajo, como Anthony Giddens en escritos tales como *Central problems in Social Theory*.

<sup>110</sup> Ellen Merksins Wood, “The Politics of Theory and the Concept of Class: E. P. Thompson and His Critics”, *Studies in Political Economy*, 9 (Otoño 1982), p. 60.

<sup>111</sup> D. Stark, “Class Struggle and the Transformation”, “The Labour process: A Relational Approach”, *Theory and Society*, 9 (1980); una versión resumida está incluida en Anthony Giddens y David Held (eds.), *Classes, Power and Conflict*, Londres, Macmillan press, 1982, p. 320. En particular, Stark se refiere a trabajos como G. Carchedi y Erik Olin Wright.

<sup>112</sup> E. P. Thompson, “Eighteenth-century English Society: class struggle without class?”, *Social History*, 3 (Mayo 1978), pp. 133-65.

<sup>113</sup> *Ibid.*, pp. 147-8.

<sup>114</sup> R. Williams, *Politics and Letters*, Londres, New Left Books, 1979, p. 135.

Por supuesto que los historiadores marxistas británicos han puesto constantemente su intención de distanciar su enfoque de lucha de clases del determinismo económico, lo que nos lleva a otro aspecto de su “ampliación” del concepto de clase, y a sus esfuerzos por superar el modelo base-superestructura. En el proceso de cambio del análisis de clases al análisis de la lucha de clases, y la ampliación del concepto de clase, han desarrollado el marxismo, o materialismo histórico, como teoría de la determinación de clases, la proposición central de la cual es que la lucha de clases es fundamental para el proceso histórico. Como Thompson señala, “la lucha de clases es el proceso”. Esta proposición, como sabemos, se deriva de Marx, pero, como también sabemos, no en la única dirección en la que el pensamiento de Marx se ha desarrollado- o se ha aceptado. He tratado de mostrar en este libro que aunque no es la proposición única de trabajo de los historiadores marxistas británicos (y su tradición), su efecto ha sido único en esta forma de desarrollar el materialismo histórico.

Puede preguntarse ¿hasta qué punto su énfasis en la clase, y en la “previa”, y más universal, lucha de clases, representa una ruptura con la propuesta marxista igualmente importante de que el ser social determina la conciencia social y la categoría central relacionada de modo de producción? Esta no es una cuestión intrascendente, ni para Hobsbawm ni para Thompson una vez que se ha reconocido que rechazar esta proposición supone abandonar la línea de análisis de Marx<sup>115</sup>. También es la base sobre la que estructuralistas como Richard Johnson critican que los historiadores marxistas británicos, excepto Dobb y hasta cierto punto Hilton, son culturalistas<sup>116</sup>. El problema, en mi opinión, es que los críticos no logran comprender lo que los historiadores marxistas británicos han tratado de conseguir. En sus esfuerzos por superar el modelo base-superestructura y su tendencia inherente al determinismo económico, los historiadores marxistas británicos no rechazan la determinación en favor del voluntarismo. Tampoco rechazan la proposición de que el ser social determina la conciencia social o la formulación del ser social como modo de producción. No rechazan la determinación estructural a favor del voluntarismo, aunque rechazan el determinismo y subrayan la importancia de la acción. Más bien, toman la determinación, según Raymond Williams ha dicho recientemente, como una dualidad- como “determinación de los límites y ejercicio de presiones”. Ya hemos dicho que vieron el proceso histórico como un “proceso activo aunque estructurado”. Debemos tener en cuenta que el trabajo de los historiadores marxistas británicos fue reconocido por el fallecido Philip Abrams como particularmente relevante para el desarrollo de la problemática de la estructuración. En términos más formales, Anthony Giddens llama a esto la “teoría de la estructuración”: “una teoría construida sobre la idea del “carácter fundamentalmente recursivo de la vida social” y diseñado con precisión para expresar “la dependencia mutua de la estructura y la acción” en términos del proceso en el tiempo”<sup>117</sup>.

En oposición a la formulación estructuralista de que el ser social determina la conciencia social, donde el nivel económico, o base, es sólo determinante en última instancia, y también la contra- formulación (bien intencional) en la que el nivel económico, o base, es considerado el punto de partida, es decir, asunto de primera instancia<sup>118</sup>, los historiadores marxistas británicos tratan de dilucidar la “omnipresente” presión del ser social sobre la conciencia social. No hacen esto por medio de una simple identidad o reflexión sino

---

<sup>115</sup> E. Hobsbawm, “The Contribution of History to Social Science”, *International Social Science Journal*, 33 (1981), p. 631; Thompson, “Folklore, Anthropology and Social History”, *Indian Historical Review*, 3 (Enero 1977), pp. 262 y ss.

<sup>116</sup> R. Johnson, “Thompson, Genovese, and Socialist-Humanist History”, *History Workshop*, 6 (Otoño 1978), pp. 79-100.

<sup>117</sup> R. Williams, *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University press, 1977, p. 87; Abrams. *Historical Sociology*, en especial pp. ix-xviii, 67-70, 323-6; y A. Giddens, *Central Problems in Social Theory*. Para un estudio que reconoce la afinidad entre Thompson y Giddens, cf. Derek Gregory, *Regional Transition and Industrial Revolution*, Londres, Macmillan, 1982, pp. 9-22.

<sup>118</sup> Ralph Miliband, *Marxism and Politics*, Oxford, Oxford University press, 1977, p. 8.



a través de la experiencia en la que, como Thompson dice, “la estructura se transmuta en proceso y el tema vuelve a entrar en la historia”. Es sabido que este concepto no está exento de problemas, pero la “experiencia” sitúa la determinación material en el *tiempo*, como parte del *proceso histórico*. Además, hombres y mujeres reaparecen como tema en este marco- no como sujetos autónomos, “individuos libres”, sino como personas que experimentan sus situaciones y relaciones productivas determinadas, con necesidades, intereses y antagonismos... “manejando” esta experiencia dentro de su *conciencia* y de su *cultura*... en las formas más complejas, y después (con frecuencia, pero no siempre, por medio de las estructuras de clase resultantes) actuando a su vez en una situación determinada”<sup>119</sup>.

Finalmente, en su preocupación por la clase, los historiadores marxistas británicos no evitan la categoría central de modo de producción, aunque sí intentan rehacerla e historizarla. Desde Dobb hasta Thompson han intentado, con distintos, con distintos grados de éxito, reformular la ecuación asumida de ser social como modo de producción=economía y/o tecnología como base. Por ejemplo, vimos que Dobb- incluso aunque él mismo no lo siguiera fielmente- insistía en una concepción político-económica del modo de producción. Y Thompson insiste en una concepción todavía más crítica, ya que el modo de producción “nos da también las relaciones de producción (que a su vez son relaciones de dominación, y “subordinación”), y proporciona la “iluminación general en la que todos los otros colores se sumergen y que modifica sus tonalidades específicas”<sup>120</sup>. Esto es, las relaciones sociales de producción son simultáneamente económicas, políticas, culturales y morales. Esta recomposición del concepto de modo de producción se pone muy bien de manifiesto en estudios históricos tales como “Time, Work Discipline, and Industrial Capitalism” de Thompson, en “Potaje for Freeborn Englishmen” de Hill, en “Customs, Wages, and Workload” de Hobsbawm, así como en los distintos escritos de Hilton sobre las relaciones campesino- señor feudal en la Inglaterra medieval<sup>121</sup>. Un ejemplo de la historización del concepto es el debate que Thompson ofrece en *The Making of the English Working Class* sobre la separación históricamente específica de lo económico y lo político en el desarrollo del modo capitalista de producción en términos de los principios duales aunque separados de “la explotación económica” y la “opresión política”<sup>122</sup>.

Debemos tener cuidado en este punto, ya que los historiadores marxistas británicos no sólo han sido mal interpretados por sus críticos estructuralistas, sino también, hasta cierto punto, por sus defensores humanistas. Mientras insisten, Thompson sobre todo, en el carácter total de las relaciones de producción, como he explicado previamente, ellos no combinan las relaciones sociales de producción con las relaciones de clase. Sin embargo, esto es lo que Simon Clark hace en su defensa de Hilton, Hill, Hobsbawm y (especialmente) Thompson. Como dijimos, al final del capítulo primero, es esto lo que en realidad llevó también a Clark a afirmar (erróneamente) que había una ruptura entre Dobb y sus colegas más jóvenes<sup>123</sup>.

Debemos recordar las contribuciones de Robert Brenner al debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo, en las que amplía la aproximación de Dobb. El trabajo de Brenner proporciona la base inmediata sobre la que Ellen Wood ha comenzado la elaboración teórica de un marxismo político, esto es, las relaciones de producción se presentan en su “aspecto *político*, el aspecto en el que son realmente *discutidas*: como relaciones de dominación, como derechos de propiedad, como poder para organizar y gobernar la producción y la apropiación”. Al mismo tiempo, Word explica, el marxismo político está tan convencido como el marxismo económico de la primacía de la producción. No

<sup>119</sup> E. P. Thompson, *The Poverty of Theory*, pp. 170-164.

<sup>120</sup> Como se hizo notar en el capítulo 6, en “Folklore, Anthropology and Social History”, pp. 261-4 de Thompson.

<sup>121</sup> Cf. capítulo 6, nota 7, para referencias.

<sup>122</sup> E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Harmondsworth, Penguin, edición de 1968. En especial el capítulo “Explotation”, pp. 207-32.

<sup>123</sup> S. Clarke, “Socialist Humanism and the Critique of Economism”, *History Workshop*, 8 (Otoño 1979), pp. 137-56.

especifica la producción de forma que se pueda evitar su consideración, ni la magnifica para que pueda abarcar la totalidad de la actividad social o incluso de las “experiencias” de clase. Más bien, se asocia a la propuesta de que un modo de producción es un fenómeno *social*. Además, el marxismo político está efectivamente distanciado del modelo base-superestructura, porque no presenta la totalidad social como “una oposición, una separación “regional” entre una estructura económica “objetiva” básica, por una parte, y formas políticas, jurídicas y sociales por otra, sino más bien como una estructura continua de relaciones y formas sociales con diversos grados de distancia del proceso inmediato de producción y apropiación, comenzando por relaciones y formas que constituyen el sistema de producción mismo”. Así, Wood repite que las relaciones de producción asumen la “forma de relaciones jurídicas y políticas- modos de dominación y coerción, formas de propiedad y organización social- que no son meros reflejos secundarios sino constituyentes de las mismas relaciones productivas”. Se refiere directamente al argumento de Brenner según el cual la esfera político jurídica puede verse implicada en la base productiva al menos de dos formas. Primero, “un sistema de producción siempre existe en la forma de determinaciones sociales específicas, los modos particulares de organización y dominación y las formas de propiedad en las que las relaciones de producción están englobadas- los que podrían ser llamados atributos “básicos” del sistema productivo frente a los “superestructurales” jurídico-políticos. Segundo, vistas desde una perspectiva histórica, instituciones políticas como el pueblo y el estado están entre los determinantes de las relaciones de producción y pueden considerarse como anteriores a ellas. Esto es así no solo donde las instituciones son los instrumentos directos de la apropiación de la plusvalía sino de forma más general en tanto en cuanto las relaciones de producción “están históricamente constituidas por la configuración del poder político que determina el resultado del conflicto de clases”<sup>124</sup>.

El marxismo puede, pues, ser visto como una extensión de la teoría de la determinación de clases de los historiadores marxistas británicos. De hecho, la explicación de Wood puede ser interpretada como una elaboración de lo que Thompson señala en su cita de *Grundrisse*<sup>125</sup>- que presenta como una concepción alternativa de la totalidad social- sin rechazar la proposición de que el ser social determina la conciencia social.

¿Qué hacemos, pues, con la idea estructuralista de Perry Anderson en relación con el problema del orden social? Propone este argumento como crítica a la teoría de Thompson y es por tanto, en efecto, una crítica de la concepción del proceso histórico de los historiadores marxistas británicos. Escribe:

Es, y debe ser, el modo dominante de producción lo que confiera la unidad fundamental a una formación social asignando posiciones objetivas a las clases que pueda haber en ella, y distribuyendo los agentes dentro de cada clase. El resultado es, típicamente, un proceso objetivo de lucha de clases. Pero la lucha de clases misma no es un *prius causal* en el mantenimiento del orden, porque las *clases se constituyen por modos de producción, y no viceversa*. El modo de producción para el que esto no es cierto es el comunismo,- el cual, precisamente, abolirá las clases-<sup>126</sup>.

A primera vista, los historiadores marxistas británicos probablemente no rechazarían las propuestas de Anderson. Sin embargo, en una segunda revisión probablemente las considerarían inadecuadas, tanto a nivel de teoría política como de teoría histórica. Admitiría que hay una cierta lógica al considerar que el modo de producción es anterior a las clases que están especificadas por él; que las relaciones de producción- en forma de relaciones de explotación- son la base del antagonismo y la lucha entre las clases. Sin embargo,

<sup>124</sup> E. Wood, “The Separation of the Economic and the Political in Capitalism”, *New Left Review*, 127 (Mayo-Junio 1981), pp. 77-80.

<sup>125</sup> “Interview with E. P. Thompson”, *Radical History Review*, 3, (Otoño 1976), p. 25.

<sup>126</sup> P. Anderson, *Arguments Within English Marxism*, Londres, New Left Books, 1980, p. 55.

defenderían que en términos históricos son, al mismo tiempo, las relaciones de clase lo que estructura los modos de producción. Como señala Thompson, “la lucha de clases es el proceso histórico”, y finalmente la reproducción- o no- de un modo de producción viene determinada por los resultados de las luchas de clases. Pero eso no es todo, ya que no es la cuestión de la pervivencia o desaparición de un modo de producción lo que se determina en el curso de la lucha de clases, sino el transcurrir histórico específico del desarrollo del propio modo de producción.

El mismo Anderson parece darse cuenta de la naturaleza problemática de sus afirmaciones (que pueden deberse a su énfasis en el orden “memorable”), pero continúa dando prioridad al modo de producción cuando añade que “tanto en la reproducción como en la transformación- mantenimiento y subversión- del orden social, el modo de producción y la lucha de clases siempre están funcionando. Aunque la segunda debe estar activada por el primero “Así que sigue el problema. Quizá esto pueda ser más fácilmente visto al considerar lo que parece presentar como “la excepción que confirma la regla”, esto es, que el “modo de producción para el que esto no es válido es el comunismo- que precisamente abolirá las clases”. De hecho, más que demostrar que las clases están determinadas por los modos de producción y no *viceversa*, el ejemplo del modo comunista de producción históricamente hipotético parece apoyar la teoría de la determinación de clases de los historiadores marxistas británicos y la prioridad dada a la lucha de clases, ya que es precisamente el desarrollo del modo comunista de producción, de acuerdo con Marx, lo que más dependerá del resultado de una lucha de clases concreta- específicamente la mantenida por una clase trabajadora revolucionaria y con conciencia de clase-. Incluso aunque parezca muy difícil de concebir tal modo de producción, sin embargo, debería ser más que aparente para los que deseamos establecer un orden social igual, libre y democrático que tal alternativa solo puede ser realizada a través de una acción *activa* de los propios trabajadores.

Es más, si, como se ha defendido, las relaciones de producción son la base de, pero no idénticas a, las relaciones de clase, entonces las proposiciones de Anderson son inadecuadas no sólo porque no logran plantear el tema de la estructuración en clases de los modos de producción, sino también porque no logran plantear el tema relacionado de la formación de clases. No se nos pide necesariamente que consideremos el proceso por el que las clases como actores históricos en todo su sentido surgen a partir de las luchas de clases. Por supuesto esto ha sido capital para la labor de los historiadores marxistas británicos. No quiero decir que Anderson quiera que esto suceda. Sin embargo, la propuesta de que las clases se constituyen por modos de producción puede con facilidad conducir a la práctica de identificar una clase como una estructura objetiva en sí misma. La conciencia que debería tener, pero apenas tiene, se deduce así y se encuentra para ser caracterizada por la “falsa conciencia”. Entonces resta un breve camino para la afirmación de que un partido, secta o teórico particulares son necesarios para desvelar “la conciencia verdadera de la clase” y “sus intereses reales”. Esta práctica es más probable que persista donde las clases están identificadas por, e igualadas a, sus determinadores objetivos- como ocurre en el marxismo estructuralista-. Por ejemplo, podemos reconocer el potencial o base, para tal práctica en la siguiente definición de los intereses de clase presentados por Eric Olin Wright en su análisis estructural de clases: “Los intereses de las clases en una sociedad capitalista son esos objetivos potenciales que se convierten en objetivos reales de lucha en ausencia de mistificación y distorsiones de las relaciones del capital. Los intereses de clases... son hipótesis sobre los objetivos de luchas que ocurrirían si los actores de la lucha tuvieran un entendimiento científicamente correcto de sus situaciones”<sup>127</sup>. Notemos que esto es a pesar de los esfuerzos de Wright por superar el teoricismo de Althusser y Poulantzas y para teorizar relación y proceso.

---

<sup>127</sup> E. O. Wright, *Class, Crisis and the State*, Londres, New Left Books, 1978, p. 89. Cf. (aunque no claramente dirigido a Wright) R. W. Connell, “A Critique of the Althusserian Approach to Class”, *Theory and Society*, 8 (Mayo 1979), pp. 321-45.

Finalmente, podríamos recordar las palabras de Eugene Genovese, cuya obra tanto debe a la influencia de los historiadores marxistas británicos:

Si el materialismo histórico no es una teoría del determinismo de clase no es nada... La relación de las clases desde este punto de vista determina los contornos de la época histórica. Se sigue, pues, que los cambios en la relación política de la clase constituyen la esencia de las transformaciones sociales; pero esta noción se aproxima a una tautología, porque las transformaciones sociales se definen precisamente por cambios en las relaciones de clases. Lo que salva a la noción de la tautología es la esperanza de que estos cambios en las relaciones de clase determinen al menos en esquema los principales patrones políticos, ideológicos, y psicológicos, así como las posibilidades económicas y tecnológicas de que los cambios en la estructura de clases constituyen los cambios con mayor sentido. Defender que éstos constituyen los únicos cambios significativos es reducir el materialismo histórico al absurdo y renunciar a su esencia dialéctica<sup>128</sup>.

### Historia, conciencia histórica y política

La obra de los historiadores marxistas británicos nos ha llevado a una reconsideración de nuestra idea de clase. Ya no podemos seguir viéndola simplemente en términos de la dicotomía (objetiva/subjetiva) clase en sí/clase para sí, y la dicotomía derivada conciencia falsa/cierta. Ahora debemos ver la clase en términos de las experiencias y actividades de la gente, estructuradas espacialmente pero no exclusivamente por sus relaciones productivas, con esas experiencias y actividades expresadas en la clase, algunas veces en formas de conciencia de clase plenamente. Pero para seguir tal análisis de la lucha de clases debemos entender la experiencia de la lucha de clases en su totalidad y en sus muchas formas de articulación. Como escribe William Sewell Jr. al presentar su método para estudiar a los trabajadores franceses del siglo diecinueve: "la "lengua del trabajo" en su sentido más amplio no consiste sólo... en las locuciones de los trabajadores o... en el discurso teórico sobre el trabajo, sino... en toda la gama de organizaciones institucionales, gestos rituales, prácticas de trabajo, métodos de lucha, costumbres y acciones"<sup>129</sup>. (Sewell claramente reconoce la influencia de los historiadores marxistas británicos en su obra). O como E. P. Thompson afirma, cuando insiste sobre la necesidad de considerar los valores tanto como los intereses o las ideas en el análisis materialista: "Un examen materialista de los valores debe situarse, no por proposiciones idealistas, sino a la vista del lugar material de la cultura; la forma de vida de la gente, y sobre todo, sus relaciones productivas y familiares". Al mismo tiempo, conviene recordar su "prefacio" a tal declaración:

No se trata de decir que los valores son independientes del color de la ideología: manifiestamente este no es el caso, ni tampoco ¿cómo, cuándo la experiencia misma se estructura en forma de clase, podría ser esto así? Pero suponer por ello que están "impuestos"... como "ideología" es malinterpretar todo el proceso social y cultural. Esta imposición siempre se intentará, con mayor o menor éxito, pero no podrá triunfar al menos que exista cierta *congruencia* entre las reglas impuestas y la concepción de la vida y el hecho necesario de vivir un determinado modo de producción. Es más, los valores no menos que las necesidades materiales siempre serán un lugar de *contradicción* de la lucha entre los valores alternativos y las visiones de la vida<sup>130</sup>.

---

<sup>128</sup> E. Genovese, *In Red and Black: Marxian Explorations in Southern and Afro-American History*, Nueva Cork, Vintage Books, 1971, p. 40.

<sup>129</sup> W. Sewell h... *Work and Revolution in France*, p. 12.

<sup>130</sup> E. P. Thompson, *The Poverty of Theory*, pp. 175-6.

Esto está lleno de posibilidades, pues podemos ver en ello, primero, un medio para “rescatar” al estudio de los valores del descrédito que ha sufrido como resultado de su asociación con el funcionalismo estructural parsoniano y, segundo, la base para una ampliación de la historia de las ideas<sup>131</sup> y la (re-) introducción de lo político en la historia de las mentalidades. Además, potencialmente puede tener consecuencias políticas. Podríamos considerar, por ejemplo el individualismo. Este se ha presentado en informes de científicos sociales e históricos como originario del renacimiento y/o la reforma con la burguesía y como responsable de su valor y/o ideología dominante. Por supuesto, hay abundante evidencia histórica (y contemporánea) para apoyar este argumento. Como resultado de esta supuesta identidad entre capitalismo e individualismo, la alternativa socialista se ha presentado demasiado frecuentemente como un modelo de orden social colectivista: un modelo que, aparentemente, ha sido rechazado con regularidad por los trabajadores en el oeste capitalista, democrático-liberal (en especial en Gran Bretaña y Norteamérica). Esto no ha de sorprender, dado los ejemplos históricos reales de la Unión Soviética y los llamados estados socialistas. Ahora bien, mientras la explicación parsoniana de la cultura común sería, posiblemente, que tal alternativa es antitética con el individualismo como valor dominante de la cultura, la respuesta (simple) marxista sería que las clases obreras occidentales han sufrido la ideología del individualismo burgués<sup>132</sup>. Pero en ambos casos se asume que el individualismo es necesariamente antitético al socialismo, basado en el modelo dicotómico de individualismo frente a colectivismo.

Por supuesto, la historia del individualismo ha estado íntimamente unida al nacimiento y preponderancia de la burguesía, y como tal, se ha desarrollado y con frecuencia se ha expresado como un elemento significativo de la ideología capitalista. Al mismo tiempo, el individualismo no ha sido mera ideología burguesa o el valor dominante de la cultura capitalista. Esto es, como práctica, valor, y/o idea, la historia del individualismo no ha sido tan unidimensional como las teorías de la ideología dominante o como las de los valores dominantes asumen. Además, dentro de esa historia ha existido la base para una concepción alternativa del individualismo, que no es en absoluto antitética con el socialismo.

En *Individualism*, Steve Lukes repasa la historia intelectual del término y desarrolla un análisis conceptual del mismo. Mantiene que las “cuatro ideas unitarias del individuo” son el respeto por la dignidad humana, que representa el fundamento de la “igualdad”; y autonomía, intimidad y autodesarrollo, que representan las tres caras de la “libertad o ser libre”. Después, basado en su análisis conceptual, declara que la “única manera de captar los valores del individualismo es a través de una forma humanista del socialismo”<sup>133</sup>.

Junto a la obra de Lukes debemos situar la del teórico político canadiense C. B. Macpherson. Sus escritos representan un esfuerzo prolongado y profundo por examinar histórica y teóricamente los fundamentos de la democracia liberal privado de su conexión con el capitalismo<sup>134</sup>. Una parte de la obra de Macpherson ha sido el estudio del individualismo, en el curso del cual ha llegado a defender que ha habido dos concepciones rivales, aunque no necesariamente contradictorias, en el pensamiento democrático liberal: una en la que “el hombre es considerado como un consumidor o apropiador infinito” y otra en la que “el hombre se considera como un agente infinito del desarrollo de sus atributos humanos”. La primera pone énfasis en la formación del orden social que recalca utilidades y la segunda, la

---

<sup>131</sup> Cf. el estudio más atractivo de Robin Brools, “Showdown at the Paradigm Cotral: E. P. Thompson meets the Wing spread Bunch”, San Jose State University, 1982, no publicado.

<sup>132</sup> Para discusiones generales de las tesis “cultura común” y “ideología dominante”, cf. Nicholas Abercrombie, Stephen Hill y Bryan S. Turner, *The Dominant Ideology Thesis*, Londres, George Allen & Unwin, 1980, pp. 7-58.

<sup>133</sup> S. Lukes, *Individualism*, Oxford, Basil Blackwell, 1973. Lukes añadió que, primero, él no dijo haber probado su afirmación en el estudio y, segundo, que tal afirmación requiere considerar no sólo la “igualdad y la libertad”, sino también la “comunidad”.

<sup>134</sup> Los escritos más importantes son C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism*, Oxford, Oxford University press, 1962; *Democratic Theory Essays in Retrieval*, Oxford, Oxford University press, 1973; y *The Lives and Times of Liberal democracy*, Oxford, Oxford University Press, 1977.

que presta más importancia a los poderes humanos individuales<sup>135</sup>. Lo que Macpherson ofrece para la realización de la segunda es la democracia participativa, que puede ser vista como una forma de socialismo democrático.

Los debates entre Lukes and Macpherson son significativos porque muestran la existencia y posibilidad de un mayor desarrollo de la concepción de individualismo compatible con, sino dependiente de, la formación de un socialismo democrático. Sin embargo, tales discusiones son inadecuadas, pues no logran explicar la historia, desarrollo y formación del individualismo- incluso como idea compleja y contradictoria- más que de un amañeramente idealista, “filosófica” o teórica y (posiblemente) elitista<sup>136</sup>.

No obstante en la obra de los historiadores marxistas británicos, especialmente en los escritos de Hilton, Hill y Thompson, está la base para una historia social alternativa del individualismo (inglés) (aunque probablemente usarían el término con más reservas- si llegaran a usarlo- debido a sus asociaciones con la ideología burguesa, prefiriendo el par libertarianismo/igualitarismo)<sup>137</sup>. En sus respectivos estudios sobre el levantamiento campesino de 1381, el puritanismo y las sectas radicales religiosas del pueblo llano en el siglo diecisiete, y la formación de la clase trabajadora inglesa, encontramos una historia de luchas individuales y colectivas por la libertad y la igualdad. En sus mismas formas históricamente específicas, estas luchas han contribuido no al mero individualismo como ideología o valor dominante en la sociedad capitalista, sino al individualismo como un conjunto de relaciones, prácticas, valores e ideas vividas y experimentadas por las diferentes clases. Desde esta perspectiva el individualismo aparece caracterizado por las tensiones y contradicciones que pueden esperarse de los procesos de gobierno y ocasionalmente hegemónicos que tienen que ser continuamente renovados, recreados, defendidos y modificados, “porque han estado continuamente rechazados, limitados, alterados, [y] retados por presiones no siempre propias”<sup>138</sup>.

De esta manera podemos ver que el individualismo ha tenido sentido para el pueblo no sólo porque haya sido propagado como ideología burguesa (o como el valor dominante de la socialización), sino también, históricamente y contemporáneamente, la gente ha vivido relaciones que han estructurado sus vidas (aunque colectivamente) en diversas formas “individualistas”. Y al mismo tiempo, porque ellos mismos lucharon, individual y colectivamente, por afirmar sus interpretaciones del individualismo históricamente específicas y según las diferencias de clases, con frecuencia implicando concepciones “más amplias” de libertad, de igualdad y de comunidad. Por tanto la formación de un socialismo democrático que favoreciera el desarrollo del individualismo- que implicara unas relaciones, prácticas, valores e ideas libertarias, igualitarias y comunitario-colectivas- representaría no la mera actualización del pensamiento de los filósofos y de los teóricos sino, al menos de igual manera, la ejecución de luchas históricas de las propias clases bajas<sup>139</sup>. Así, los historiadores marxistas británicos parecen haber dilucidado de manera histórica lo que Gramsci se

---

<sup>135</sup> C. B. Macpherson, *Democratic Theory*, pp. 32 y ss.

<sup>136</sup> Cf. sobre Macpherson, Ellen Meiksins Wood, “C. B. Macpherson, Liberalism and the Task or socialist Theory”, *The Socialist Register* 1978, Londres, Merlin Press, 1978, pp. 215-40; y el intercambio que siguió en *The Socialist Register* 1979 entre Leo Panitch y Ellen Wood. Lukes parece especialmente sensible al tema, como se pone de manifiesto en el debate en *Power, A Radical View*, Londres, Macmillan, 1974, en especial pp. 46-50, que incluye una referencia a Gramsci. Para Lukes, sobre Macpherson, cf. “The Real and Ideal Worlds of democracy” en Alkins Kontos, *Power Possessions and Freedoms*, Toronto, Ont., University of Toronto Press, 1979, pp. 139-52. También cf. D. F. B. Tucker, *Marxism and Individualism*, Nueva Cork, St. Martin’s Press, 1980; y Ellen Meiksins Woods, *Mind and Politics. An Approach to the meaning of Liberal and Socialist Individualism*, Berkeley, Cal, University of California Press, 1972.

<sup>137</sup> Como se indica en sus escritos, y también en conversaciones con ellos sobre el tema. Por una parte, la diferencia es meramente terminológica; por otra, me pregunto si indica una diferencia entre las culturas políticas americana y británica.

<sup>138</sup> R. Williams, *Marxism and Literature*, p. 112.

<sup>139</sup> Cf. Victor Ciernan, “Socialism: The Prophetic Memory”, en B. Parekh (ed.), *The Concept or Socialism*, Londres Croom Helm, 1975, pp. 14-37.

propuso cuando escribió que la clase trabajadora desarrolla de forma embrionaria su propia concepción del mundo que se manifiesta en acción, y lo que Marx quiso decir al afirmar en el *Communist Manifesto* que “las conclusiones teóricas de los comunistas en absoluto se basan en ideas o principios que hayan sido inventados, o descubiertos, por tal o cual reformador universal. Ellos simplemente expresan, en términos generales, relaciones reales que surgen de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se produce ante nuestros mismos ojos”<sup>140</sup>.

Quizá, es una pena que los historiadores marxistas británicos no hayan desarrollado historias sociales del siglo veinte, pero podemos ver los comienzos de tal tarea en, por ejemplo, los estudios recientes del historiador de la clase obrera americano David Montgomery, en especial en *Workers' Control in America*. Su obra es particularmente interesante puesto que él fue con anterioridad un trabajador y un líder obrero<sup>141</sup>. Basándose en su propia experiencia e investigación, afirma que “tanto mi estudio de luchas en las fábricas como del período de Reconstrucción (es decir, los años siguientes a la guerra civil de los Estados Unidos) han subrayado el hecho de que la clase trabajadora siempre ha formulado alternativas a la sociedad burguesa en este país, en particular sobre el trabajo”<sup>142</sup>. Y defiende que:

El socialismo crece del trabajo y los esquemas de vida de los trabajadores. Su raíz de penetración es el mutualismo avivado por la lucha diaria por controlar las circunstancias de sus vidas. Pero ese mutualismo se manifiesta en valores, lealtades y pensamientos, así como en acciones, y sólo puede triunfar volviéndose cada vez más consciente de sí mismo y articulado. La lucha por el control de los trabajadores sólo avanza cuando va de lo espontáneo a lo deliberado, cuando los trabajadores conscientemente se unen y deciden lo que quieren y como quieren conseguirlo.

Aunque no diría que los historiadores marxistas británicos hayan sido estrategas de la política socialista, sin embargo, en su seguimiento de la historia de abajo arriba por medio del análisis de la lucha de clases, de hecho, han desarrollado una estrategia política, que puede ser descrita como una “estética” política. Con esto no quiero referirme sólo al hecho de que ellos hayan mostrado tanto interés por las artes, aunque esto no esté desligado. Más bien, me refiero a la formación de una conciencia histórica socialista y democrática. La conciencia histórica puede ser definida, según John Berger, como “la experiencia histórica esencial de nuestra relación con el pasado: es decir la experiencia de intentar dar sentido a nuestras vidas, de tratar de entender la historia de la que podemos hacernos agentes activos”.

No es que el conocimiento histórico pueda informarnos de qué hacer ahora, específicamente, porque, en el mejor de los casos, el conocimiento del pasado es un aviso, no una prueba científica; pero da forma a nuestro entendimiento de la experiencia histórica de la que el presente es una parte tan importante como el pasado. Gramsci reconoció esto cuando escribió sobre la revolución francesa que “ha abolido muchos privilegios, ha liberado a muchos oprimidos, pero sólo ha reemplazado una clase en el poder por otra. Sin embargo ha dado una gran enseñanza: que los privilegios y las diferencias sociales, como producto de la sociedad y no de la naturaleza (a lo Vico), pueden superarse”<sup>143</sup>. O, como indica Rodney Hilton en su conclusión a *Bond Men Made Free*:

¿Qué podría tener en común el destino de las sociedades campesinas en el mundo actual del capitalismo de monopolios, industriales y comerciales casi a nivel mundial con el de las sociedades campesinas de

<sup>140</sup> K. Marx, “The Communist Manifesto”, en *The revolutions of 1848*, editado por David Fernbach, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 80.

<sup>141</sup> Profesor de historia en la Universidad de Yale, Montgomery abandonó el Partido Comunista (americano) en el período 1956-7, como hicieran Hilton, Hill y Thompson.

<sup>142</sup> “Interview with David Montgomery”, *Radical History Review*, 23 (Diciembre 1980), p. 52.

<sup>143</sup> *Bond Men Made Free*, Londres.

la última etapa del mundo medieval? Claramente, las tareas de liderazgo en la sociedad campesina contemporánea no tienen nada en común con las tareas del pasado, excepto el reconocimiento de que el conflicto es parte de la existencia y que nada se gana sin lucha.

Sin embargo, como sabemos, para Hilton y sus compañeros historiadores ha habido algo más que la mera proposición de que la historia de todas las sociedades hasta ahora existentes ha sido la historia de las luchas de clases. Como Christopher Hill señala, “todo conocimiento del pasado debería contribuir a humanizarnos”<sup>144</sup>, o como E. P. Thompson dice, incluso más explícitamente: “la conciencia histórica debería ayudarnos a comprender las posibilidades de transformación y las posibilidades de la gente”<sup>145</sup>. El mismo Marx hubiera suscrito tal estrategia y, sin embargo, éste es un punto con el que los historiadores marxistas británicos parecen haberse distanciado de él, al menos, del Marx que escribió que “la revolución social del siglo diecinueve sólo puede crear su poesía desde el futuro, no desde el pasado”<sup>146</sup>. Porque, mientras los historiadores marxistas británicos se han dado cuenta, como Marx, que “el pasado no es para vivirlo”, sin embargo, también se han dado cuenta, mejor que Marx, que “es un pozo de conclusiones del que poder extraer para poder actuar”, y un “pueblo o clase que es desposeído de su pasado es menos libre para elegir y actuar como pueblo o clase que uno que haya podido situarse él mismo en la historia”<sup>147</sup>.

En otras palabras, han aceptado que la formación de un socialismo verdaderamente democrático- o comunismo libertario- requiere algo más que “necesidad”- la lucha decidida contra la explotación y la opresión- y algo más que organización. También requiere el deseo de crear un orden social alternativo. Y sin embargo, incluso eso no es suficiente. Ha de haber una “previa *educación del deseo*” porque, como William Morris ha advertido: “Si el estado actual de la sociedad se disuelve sin un esfuerzo consciente de transformación, el final, la caída de Europa, puede tardar en venir, pero cuando venga, será mucho más terrible, más confusa y con un sufrimiento superior al del período de la caída de Roma”<sup>148</sup>.

La estrategia, o estética de los historiadores marxistas británicos- y todos aquellos que trabajan en su línea- es, entonces, la “educación histórica del deseo” para poder proporcionar “una concepción del mundo histórica, dialéctica, que explique el movimiento y el cambio, que reconozca la suma de esfuerzo y sacrificio que el presente ha costado al pasado y que el futuro está costando al presente, y que conciba el mundo contemporáneo como una síntesis del pasado, de todas las generaciones pasadas, que se proyecta en el futuro”<sup>149</sup>. En otras palabras, debemos educar a aquellos para quienes la lucha es hoy una necesidad concreta con las experiencias históricas de aquellos otros para quienes la lucha fue una necesidad concreta ayer. Al mismo tiempo, debemos ser totalmente conscientes de que tal proceso educativo puede ser dialéctico y que los educadores, también tienen que ser educados.

---

<sup>144</sup> C. Hill, *Change and Continuity in Seventeenth Century England*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1975, p. 28.

<sup>145</sup> “Interview with E. P. Thompson”, p. 17.

<sup>146</sup> “The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte”, en Karl Marx, *Surveys from Exile*, editado por David Fernbach, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 149.

<sup>147</sup> J. Berger, *Ways of Seeing*, pp. 11-33.

<sup>148</sup> Citado en E. P. Thompson, *William Morris*, Nueva Cork, Panteón, 1976, p. 723, de May Morris, *Williams Morris, Artist, Writer, Socialist*, Oxford, Basil Blackwell, 1936.

<sup>149</sup> A. Gramsci, *Selections from the prison Notebooks*, editado por Q. Hoate y G. N. Smith, Londres, Lawrence y Wishart, 1971, pp. 34-5.